

Consideraciones acerca del lenguaje en las psicosis

Gonzalo delgado pombo

Tutor: Prof. Agdo. Guillermo Milán Ramos

30 de julio de 2014

Montevideo

1. Resumen

Las alteraciones de lenguaje presentes en las psicosis, históricamente han sido estudiadas por diversas disciplinas, entre ellas la psiquiatría, cuyo abordaje ha sido fundamentalmente fenomenológico-descriptivo, fundando una nosografía de los diferentes cuadros psicóticos; por su parte, la lingüística se ha preocupado por los trastornos de lenguaje en tanto constituyen desvíos de la norma; por último el psicoanálisis, a partir de Freud, comienza a revalorizarse y redimensionarse la importancia de la palabra del psicótico, quién, más que ser etiquetado, merece ser escuchado.

Es recién a partir de Lacan —el cual realiza una lectura de los textos freudianos, apoyándose en conceptos tomados de la lingüística de Saussure y Jakobson, y de la antropología de Levi-Strauss— que las psicosis adquieren el estatuto de estructura de lenguaje, que se produce a causa de la falla en la inscripción de un significante que resultaría esencial para la constitución de la cadena: el Nombre del Padre.

Por ello, las manifestaciones que la definirían han de ser buscadas en el orden de las articulaciones que el sujeto realiza con la lengua. Se trata de un conjunto de alteraciones o trastornos de lenguaje propios del campo de las psicosis: el neologismo como una palabra que posee una densidad propia; la frase interrumpida, la significación interminable que indican la carencia de la significación fálica; la holofrase que da cuenta de la ausencia de separación entre los significantes primordiales, la cual puede ser observada en el delirio, en el fenómeno de la certeza. Fenómenos observables únicamente mediante un análisis clínico.

2. Introducción

El presente texto tiene como intención abordar desde el psicoanálisis lacaniano ciertos aspectos en torno a las psicosis, las cuales son pensadas por dicha perspectiva a modo de estructuras. La idea de “estructura” nos coloca de entrada en el terreno del “lenguaje”, puesto que una estructura no es sino de lenguaje, por tanto los fenómenos observados en el campo de las psicosis —los cuales las definen como tales— deben ser necesariamente fenómenos de lenguaje. Para comprender este planteo, en la primera parte del trabajo se establecen una serie de conceptualizaciones de la lingüística, atribuidas a Ferdinand De Saussure, que son las siguientes: reconocimiento de la imposibilidad de reducir a una unidad al lenguaje, dada la heterogeneidad de factores que lo componen y la consiguiente decisión de colocarse en el terreno de la lengua, en la medida que ella es pasible de una definición autónoma; la lengua concebida como una forma y no una substancia, o como un sistema donde sólo hay valores puros; se trata de un sistema cuyas unidades son los signos lingüísticos que mantienen entre sí relaciones sintagmáticas y asociativas, y poseen dos caras: el significante y el significado.

La lingüística —en tanto ciencia— aborda aquello que no escapa a su cálculo, es decir, se preocupa por establecer una regularidad en los fenómenos, y a partir de allí intenta formalizarlos. En la misma época que Saussure dictaba sus cursos, Freud escribe sus tres textos a los cuales se les atribuye un carácter lingüístico (*Traumdeutung*, el *Witz* y *Psicopatología de la Vida cotidiana*), en los cuales aborda una serie de fenómenos de lenguaje que escapan a todo cálculo (lapsus, chiste, sueño, acto fallido), pero todos ellos poseen un carácter común: dan cuenta de la existencia de una alteridad que insistentemente se inmiscuye en el empleo de la lengua: el sujeto. Al dejar de lado el habla, las explicaciones de la lingüística resultan insuficientes para dar cuenta del carácter singular del empleo del sistema de la lengua por parte de un sujeto.

Por esta razón el psicoanálisis no procede del mismo modo que la lingüística, puesto que su punto de referencia no es la lengua sino aquel, o mejor dicho, aquello que produce las articulaciones del sistema. A partir de aquí, en una segunda parte, es abordada la serie de transformaciones que Lacan, mediante una lectura retroactiva del *Curso*, realiza sobre el signo, lo cual culmina con la definición del significante como la unidad del sistema de la lengua. El significante participa de dos mecanismos cuyos nombres son tomados de la retórica, que constituyen las leyes de la estructura: la

metonimia y la metáfora. Operaciones gracias a las cuales son posibles la construcción de la cadena significante y la producción de sentido respectivamente. Ambos dos dan cuenta que es el significante el que produce al significado y que el vínculo entre ambos no es necesario sino contingente, puntual e inmanente al acto de enunciación. En dicha articulación significante se produce un efecto, que es además el encargado de dar vida a los enunciados, se trata del sujeto hablante.

En el tercer punto es abordado el apoyo que Lacan toma en Freud para trabajar las psicosis. Lacan busca en los textos freudianos un término para definir el mecanismo específico de las psicosis, puesto que la *Verdrängung*, no puede dar cuenta como algo “reprimido” podría retornar a modo de una alucinación y no como, por ejemplo, un síntoma neurótico. Es así que Lacan reconoce en Freud la ausencia de un término específico para ello, pero, a pesar de eso, encuentra allí un término adecuado para su propósito: la *Verwerfung*. Ella es entendida como una forma de rechazo primitivo de lo simbólico, lo cual genera que aquello rechazado retorne desde lo real. Inmediatamente después es trabajada la relación del psicótico con el otro, caracterizada por una exclusión del lugar de la palabra (Otro), entendida como un tercer orden, lo cual deja al sujeto alienado a la imagen del otro especular, quién no es sino su doble. Doble frente al cual hay dos alternativas posibles: o queda capturado imaginariamente al otro, el cual puede servirle de soporte para ser lo que se supone debe ser (un hombre o una mujer), puesto que el aparato significante se haya quebrado, impidiéndole asumir una función simbólica auténtica.

Esta tercera parte culmina intentando circunscribir las razones que llevan a Lacan a pasar de la *Verwerfung* a la forclusión del significante Nombre del Padre, como el mecanismo que funda la estructura psicótica. Significante que no es otra cosa que el padre simbólico, el cual participa de lo que Lacan llama metáfora paterna, es decir, una sustitución de un primer significante (el fálico, o materno), por el significante paterno, permitiendo así la división inaugural que funda al inconsciente. Si la metáfora paterna no tiene lugar, el sujeto queda anclado al goce materno, que se le presenta como indomable y, por tanto, tiende a invadirlo

El último punto se aboca a abordar los trastornos del lenguaje que permiten inferir una estructura psicótica: el neologismo; la ausencia de la significación fálica que se expresa en las frases interrumpidas, en la significación interminable; la holofrase como la operación base que funda todos los trastornos de lenguaje, y por último la

alucinación entendida como un hecho de lenguaje y no como una alteración de la percepción o como una percepción falsa.

3. De la lingüística saussureana y sus principios

El *Curso de lingüística general* fue publicado en 1916. Su redacción fue posterior a la muerte de Saussure (1913) y estuvo a cargo de dos alumnos suyos: Charles Bally y Albert Séchehaye, con la colaboración de Albert Riedlinger. A partir de notas provenientes de tres cursos pronunciados por Saussure entre 1906 y 1911, estos autores componen una obra organizada—nombrada por ellos como “un todo orgánico”— el cual no se atiene al orden cronológico de sus propias notas. En consecuencia, en un mismo capítulo o en un mismo apartado pueden encontrarse combinados fragmentos que provienen de cursos diferentes. Por otro lado, hay errores de transcripción, añadidos de redacción, desvirtuaciones de pensamiento, etc. (Milner, 2003). Ello es patente en algunas de las frases más celebres del *Curso*, que no son propiedad de Saussure sino de los editores.

Milner (2003) señala que Saussure se vuelve el autor del *Curso* retroactivamente, aunque no haya escrito estrictamente nada de lo que en él está contenido. Pero si bien la lingüística cobra impulso a partir de 1916, lo hizo generalmente reivindicando a Saussure; constituye un riesgo pensar que en el *Curso* se encuentran proposiciones formuladas después de su muerte. Lo mismo ocurre en caso contrario, dado que atribuir todo lo comprendido en el libro a Saussure sería olvidar que el *Curso* es una construcción que parte de transcripciones de alumnos suyos, y por lo tanto constituye una lectura posible de lo dicho por Saussure. A su vez, sus capítulos están organizados sin seguir la lógica de la compilación, sino bajo una forma unitaria. En conclusión: a lo largo del texto cada vez que se emplee el nombre de Saussure, se lo hace de modo de eludir este dilema que nos limitamos a esbozar.

El punto de partida de Ferdinand de Saussure (1916) es intentar definir el objeto de estudio de la lingüística. Desde el inicio ello plantea un problema: en ningún lugar aparece entero su objeto de estudio. Se trata de un dilema con el que puede tropezarse en cualquier sitio, puesto que el fenómeno lingüístico, tomado en su totalidad, es multiforme y heterogéneo; se compone de dos masas amorfas: la de las ideas y la de los sonidos, las cuales mediante una serie de subdivisiones contiguas determinan las unidades del sistema. Estas subdivisiones de carácter acústico-vocal, a la vez que constituyen ideas, en conjunto componen una unidad compleja, que es tanto psíquica, física como fisiológica; es un fenómeno que puede ser estudiado desde

un punto de vista sincrónico o diacrónico; pertenece tanto al dominio individual como al social; no permite que se lo clasifique en ninguna categoría de los fenómenos humanos, debido a que se desconoce cómo dilucidar su unidad (Saussure, 1961). Frente a este dilema, el lingüista ginebrino señala que “hay que colocarse desde el primer momento en el terreno de la lengua y tomarla como norma de todas las otras manifestaciones del lenguaje” (Saussure, 1961, p. 51), debido a que ella parece ser lo único pasible de definición autónoma.

La lengua constituye un aspecto esencial del lenguaje, pero, a diferencia de éste último, constituye una totalidad en sí misma y un principio de clasificación. Es al mismo tiempo el resultado de la capacidad del lenguaje y una serie de convenciones ineludibles que la sociedad adopta para que sea posible el ejercicio de dicha capacidad por parte de los hablantes. De ahí que lo propio del ser humano no sea el lenguaje hablado sino la capacidad de constituir una lengua, es decir, un sistema autónomo de signos distintos que se corresponden con ideas diferentes y que son independientes de su empleo y de aquellos que lo usan. En eso consiste precisamente lo que estudiará la lingüística saussureana, a saber, la lengua como sistema adquirido, sus elementos componentes y sus relaciones. Deja a un lado el *habla*, en la medida que ella no posee carácter colectivo alguno; por el contrario, es relativa al empleo individual y espontáneo del sistema por parte de un sujeto, y por lo tanto, el fenómeno del habla posee un carácter heterogéneo y dependiente de las circunstancias de su empleo, por ende posee un carácter irreplicable. Lo contrario ocurre con la lengua, puesto que ella es —antes que nada— un *punto de vista*: el de la constancia y repetibilidad de los fenómenos (Milner 2003). Por esta razón puede afirmarse que la lengua constituye “...aquello por lo cual cada dato lingüístico singular se hace independiente de sus circunstancias de aparición” (Milner, 2003, p. 25)

Si la lengua es el objeto de estudio de la lingüística saussureana, el signo lingüístico es el *medio* para exponer una teoría de la misma (Milner, 1998). El signo lingüístico constituye un concepto primitivo a lo largo del *Curso*, y como tal no se define; Saussure no da de él una definición sino más bien una descripción cuando no un acuerdo terminológico: el signo lingüístico constituye la unidad del sistema de la lengua; es una entidad de dos caras, es decir, compuesta por la asociación de dos términos: una imagen acústica y un concepto, cuya naturaleza es psíquica. De este modo, logra romper con la tradición que sostenía la idea de que el signo lingüístico era el resultado de unir un nombre con una cosa. La imagen acústica es definida no como el sonido material sino como una *huella psíquica*; es la *representación mental* del

sonido del signo lingüístico, de la cual tenemos noticia gracias a nuestros sentidos. Es entonces una imagen sensorial y si se la llega a llamar “material” es para establecer una clara distinción respecto del otro término de la asociación, que por lo general es más abstracto. El signo se constituye gracias a la combinación de la imagen acústica y del concepto, pero en la práctica dicho término suele designar a la imagen acústica sola; se suele olvidar que un signo constituye tal palabra sólo en la medida que lleva consigo un concepto, de modo que la idea de la parte sensorial implica la del conjunto (Saussure, 1961). De lo anterior se desprende que la imagen acústica parece ser un elemento más fácil de demarcar, de aislar, de aprehender respecto a otra imagen acústica que un concepto o idea respecto de otra, dónde las distinciones parecen ser más difusas. En este camino incursionaron muchos lingüistas posteriores a Saussure, quienes sostenían que el concepto sería imposible de explicitar, dado que sólo podría ser captado por alusión, mediante un rodeo por la cosa designada, aunque el primero no sea homologable a ésta última (Milner, 2003)

Posteriormente a lo largo del *Curso*, para eliminar cualquier problemática que pudiera llevar irremediablemente a callejones sin salida —observable en preguntas tales como ¿qué es un concepto?, ¿qué es una imagen?, etc. —, Saussure prefiere sustituir los términos imagen acústica y concepto por los de *significante* y *significado* respectivamente, y mantener el término *signo* para designar al conjunto compuesto por los dos anteriores. Elimina, de este modo, toda ambigüedad posible y todo sesgo psicologista al establecer los tres términos (de carácter lingüístico) que le importan, bajo nombres que puedan establecer relaciones recíprocas y a la vez de oposición que los separe. En resumen, el signo lingüístico es una entidad psíquica de dos caras, tal como lo representa la siguiente figura:



para proseguir en la exposición, se vuelve indispensable y para comprender como funciona el sistema de la lengua, establecer las propiedades que el signo presenta. Estas son: la *arbitrariedad*, la *negatividad* y las *dos caras del signo*, y el *carácter lineal del significante* (Saussure, 1961; Milner, 1998). La *arbitrariedad del signo* se funda en la idea de que la lengua está sometida a la ley de un *dualismo absoluto*; existen dos ordenes: el del signo y el la cosa referida, y por otro lado, el

orden del significante y el del significado. En ambas formas de relación, el vínculo que cada orden establece con el otro no es sino de puro encuentro. Ello puede visualizarse en la asociación significante-significado, dónde no hay un lazo necesario que los una. La secuencia de sonidos que sirven de soporte material a una idea dada, no guarda relación motivada alguna con ella. Es por esta razón que lo arbitrario solamente tiene validez para una comunidad lingüística en particular. Es decir, los significantes empleados para designar tal o cual significado son inmanentes al contexto en el que se los emplea y del cual surgen a lo largo del tiempo. Esto último da cuenta de hasta qué punto el sujeto hablante está sometido a la lengua, la cual se muestra con cierta fijeza debido a la tradición, al consenso que una comunidad lingüística instaaura respecto a ella (Dor, 1994a).

Por su parte, la *negatividad* implica que el signo no posee en sí mismo positividad alguna, según Saussure, es opositivo y relativo. Ello significa dos cosas: primero que las lenguas son sistemas de signos en dónde cada uno se establece en función de la no-coincidencia con otro signo, es decir, carece de una identidad propia y existe sólo gracias a la relación que mantiene con los demás signos, tanto de manera conjunta como separada. Decir que un signo es lo que los otros no son y recíprocamente, es lo que se denomina *diferencia*. De lo anterior puede inferirse inmediatamente la idea de que "...la lengua no puede ser otra cosa que un sistema de valores puros..." (Saussure, 1961, p. 191), puesto que en la palabra, en cuanto al significante, no interesa el sonido en sí mismo, sino las diferencias fónicas que separan su imagen acústica respecto a todas las demás. Y en cuanto al significado, las palabras que representan ideas vecinas se limitan mutuamente, como ocurre en el caso de los sinónimos, debido a que si una palabra no existiera todo su contenido sería volcado a sus concurrentes; otras palabras pueden enriquecerse por el contacto con otras. En resumen "...en la lengua no hay más que diferencias (...) sin términos positivos. (...) la lengua no comporta ni ideas ni sonidos preexistentes al sistema lingüístico, sino solamente diferencias conceptuales y diferencias fónicas resultantes de ese sistema" (Saussure, 1961, p. 203). El segundo aspecto de la negatividad implica que los signos, como las unidades del sistema, no son aprehensibles de manera intuitiva, debido a que no pueden ser identificados sino mediante la red de relaciones de su orden, es decir, sólo pueden ser deducidos.

Por último haremos referencia al *carácter lineal del significante*. El significante, al desarrollarse solamente en el tiempo, posee las propiedades que toma de él, estas son: *representa una extensión y tal extensión es medible en una única dimensión: es*

una línea. (Saussure, 1961). Esa línea que tiene una dirección orientada Saussure la llama *eje de las oposiciones* o *eje sintagmático*, donde sus elementos se presentan uno tras otro, a modo de una cadena.

3.1 Reconocimiento y limitaciones de la lingüística saussureana

Es evidente que la lingüística que propone Saussure alcanza una sorprendente claridad y simplicidad, pero ello no es sin consecuencias: construye su teoría dejando fuera aquello que no compete directamente al sistema de la lengua. Elimina, de este modo, un aspecto esencial del lenguaje, a saber, a aquel que enuncia: el sujeto hablante. Hay que reconocer en este lingüista suizo un científico cuya rigurosidad consiste en seguir un modo radical de razonamiento diferencial y negativo, que le permite depurar un objeto formal y desubstancializado, apartando de él todo un conjunto de características imaginarias y positivas hasta ese momento atribuidas al lenguaje (Milán, 2009). Ello es perfectamente observable en frases como “la lengua es una forma y no una substancia” (Saussure, 1961, p. 206). En otras palabras, Saussure busca desubjetivar su objeto de estudio: la lengua, y así fundar la lingüística como ciencia, pero el precio para ello es que ésta última “...exige que el sujeto permanezca como un punto *éx-timo* al objeto, *ex-céntrico*, a una distancia al mismo tiempo segura y próxima, en la medida en que el *esfuerzo* de su exclusión es la verdadera operación que constituye y sostiene su ciudadela” (Milán 2009, p. 4)

Lo anterior significa que la lingüística para sostenerse como ciencia debe mantener del ser hablante sólo aquello que lo vuelve soporte de lo calculable. Lo concibe “...como un punto sin división ni extensión, sin pasado ni futuro, sin conciencia ni inconsciente, sin cuerpo y sin otro deseo que el de enunciar” (Milner, 1998, p. 9). El lingüista estructural se ve obligado entonces a tratar la lengua que estudia como si nadie la hablara; la relación con su propia lengua se halla estructuralmente desdoblada. De este modo, al introducir un sujeto hablante que no posee ni deseo, ni inconsciente, se está enmascarando o más bien suturando al sujeto de la enunciación. El intento por suturarlo es propio de toda ciencia, puesto que ella posee un movimiento propio que es independiente del sujeto, respecto del cual esté último depende para alojarse en tanto tal.

En el mismo período que Saussure dictaba sus cursos, Freud escribe la *Interpretación de los sueños* (1991b/1900), *Psicopatología de la vida cotidiana* (1991c/1901) y *El chiste y su relación con lo inconsciente* (1991d/1905). En ellos aborda una serie de cuestiones que la lingüística solía ignorar—en la medida que

escapan a su cálculo y a su ideal de completud, propio de toda ciencia—, se trata de todo aquello que proviene de los tropiezos de la palabra, de los juegos en los que ella participa, a saber, el equívoco, la homofonía, el lapsus, los agujeros en el discurso, lo imposible de decir, la dimensión de la verdad como el lugar donde la lengua falla, la división del sujeto que opera en la base de todos estos fenómenos, etc. Aquello que la lingüística saussureana descarta en su abordaje es justamente lo que da cuenta que la lengua constituye “un conjunto inconsistente de lugares para el deseo” y ella es “lo que practica el inconsciente” (Milner 1998, pp. 18-19). De ahí que la tesis freudiana pueda definírsela de la siguiente manera: la existencia de la lengua se relaciona directamente con el hecho de que exista el inconsciente, de lo cual se infiere que los mecanismos de la primera actúan en el segundo y viceversa. De ello se deduce, más precisamente, “...que un punto puede ser definido en el lugar donde la lengua (...) y el deseo inconsciente se articulan” (Milner, 1998, p. 43), denominado el ser hablante (*parlêtre*).

Estas consideraciones merecen ser ampliadas, tal como se realizará a continuación, de modo de poder comprender debidamente como Lacan se apropia de terminología saussureana, no sin realizar modificaciones en ella, como punto de apoyo para fundamentar y comprender la importancia y vigencia de los planteos freudianos, así como su empleo en el campo de las psicosis.

3.2 Del signo saussureano al significante lacaniano

Lacan (1985c) afirma que la lingüística “moderna” posee el carácter de disciplina científica en la medida que se constituye en torno a un algoritmo que la funda. Dicho algoritmo es el siguiente:

$$\frac{S}{s}$$

El autor señala que la formalización del signo escrito de este modo merece ser atribuida a De Saussure, aunque no aparezca así escrito en los diversos esquemas en que éste lo presenta. La razón de ello es que a partir de Saussure, la lingüística se sostiene y reduce a una *literalización*, a la noción de un paralelismo de sus términos superior (significante) e inferior (significado), considerados como ordenes independientes, lo cual asegura que cada uno pueda ser tomado en su totalidad. De este modo procedieron las dos disciplinas que históricamente abordaron cada orden de manera aislada: la fonología para estudiar las unidades formales, las leyes sustitución, segmentación y composición, se basó exclusivamente en la etapa del significante; mientras que la semántica se ocupó de la etapa del significado, intentando

emplear las mismas reglas de análisis que las que descubrió la fonología (López, 2009a).

La idea del “algoritmo” permite establecer de una vez y para siempre, la inexistencia de un sistema de significados que sea homólogo al sistema de los significantes (López, 2009a). Es decir, no habría entonces correspondencia biunívoca entre significante y significado, tal como algunas lecturas del texto saussureano señalan, en tanto la elipse y las flechas sugerían la idea de una unidad necesaria (el signo) y la íntima unión entre sus dos términos, considerados *etapas*, que se reclaman mutuamente. Este aspecto constituye el principal problema que Lacan encuentra en algunas lecturas del signo saussureano. A partir de esto, el autor procede borrando dicha elipse, se deshace también de los vectores verticales (uno hacia arriba y otro hacia abajo) que indicaban una relación recíproca y no jerárquica entre ambos órdenes, aunque, como puede observarse, el lingüista ginebrino representa al significado sobre el significante, dando lugar a posibles lecturas de una supuesta primacía del significado sobre el significante. Privilegiar el significado parecería ser parte de un prejuicio del que Saussure no puede escapar: “el significado — la idea a transmitir—es lo principal en la lengua” (López, 2009a, p. 134).

Frente a esto, Lacan realiza una inversión: coloca al significante (S) encima del significado (s); ya no se trata de las dos caras del signo, sino de las dos etapas del significante. Espesa la barra que separa ambos ordenes, que llamará *barra resistente a la significación* (Lacan, 1985c) y luego desplaza el significado y dice “debajo del significante hay nada”. Al colocar al significante sobre el significado, y al decir que éste último es una etapa del significante, es decir, que el significante es el que engendra al significado, queda claro que Lacan establece una “primacía del significante”. Se desprende de lo anterior que para este psicoanalista las “unidades” del sistema de la lengua son precisamente los significantes y no los signos como planteaba Saussure.

La reescritura del signo por parte de Lacan es producto de una lectura retroactiva del *Curso* que, siguiendo la teoría del valor lingüístico (Cap. VI), le permite inferir que el signo no es autónomo ni unitario, debido a que la relación entre significante y significado está determinada desde la estructura diferencial y opositiva de la lengua en su totalidad. De este modo, “...Lacan puede atribuir a Saussure la ilustración de una unidad lingüística, diferencial y opositiva, que no se cierra sobre sí, y donde, por consiguiente, tanto la elipse como las flechas dejan de tener sentido” (López, 2009a, p.134).

Estas unidades"...están sometidas a la doble condición de reducirse a elementos diferenciales últimos y de componerlos según leyes de un orden cerrado" (Lacan, 1985c, p. 481). Respecto a los "elementos diferenciales últimos", se trata de los fonemas, descubrimiento fundamental de la Lingüística, en los que no debe buscarse ninguna identidad o constancia fonética —pese a su variabilidad moduladora por parte de diferentes personas, puesto que es sabido que no todos pronuncian del mismo modo y, aun así, es posible comprenderse— "...sino el sistema sincrónico de los acoplamientos diferenciales, necesarios para el discernimiento de los vocablos en una lengua dada" (Lacan, 1985c, p. 481). En otras palabras, lo esencial es que se mantenga la diferencia entre un fonema y otro.

Lo señalado en el párrafo anterior, resulta crucial para comprender el término *significante* en Lacan, puesto que un *significante* no se sostiene, no se recorta como unidad y se concibe como tal sino en la medida en que remite a otro *significante* que se le opone en un par. Un *significante* no es más que la presentificación de una ausencia. En otras palabras, un *significante* no es más que relación de diferencia, por ende carece de positividad. Si un *significante* es aquello que otro/s no es/son, significa que no posee una definición positiva en sí mismo, y sólo se define por su diferencia que llamaremos "pura" respecto a los demás *significantes*. De ello se deduce que el *significante* no posee cualidades y tampoco es idéntico a sí mismo puesto que no posee un sí mismo. Es lo que se define como la *no-identidad consigo mismo del significante* (Allouch, 1984 p. 75).

Si un *significante* "simboliza" o hace presente algo ausente, entonces su presencia implica la dimensión de la falta, que se divide en dos aspectos (Gasque et al, 1997): el primero se relaciona con la evidencia de que para que un *significante* esté presente necesariamente otro (todos y cualquier otro) que pudiese ocupar su lugar debe estar ausente. Este hecho, no hace otra cosa que poner nuevamente en evidencia aquello que Gödel demostró en la década del treinta, bajo su famoso teorema, a saber que lo simbólico está agujereado; que es necesario que falte por lo menos un elemento para que el sistema (en nuestro caso es el de la lengua) pueda definirse. Es lo que Le Gaufey (2012) desarrolla en su libro la *Incompletud de lo simbólico*. La segunda forma de la falta, refiere a la falta de la cosa. Lacan —tomando a Hegel— tilda de "fúnebre" a la relación entre la *palabra* y la *cosa*: la primera no es otra cosa que la muerte de la segunda. "En el campo de la significación la cosa no tiene lugar sino de ausencia" (Gasque et al, 1997, p. 36). Es decir, mediante el *significante* se inscribe algo que es de otro orden; se trata de una trasposición. Al

pasar de un orden a otro, algo queda sin inscribirse a causa de la trasposición misma. De este modo, el significante inscribe una ausencia; aparece en el lugar de la cosa, en sustitución de algo ausente.

Cabe la pregunta: ¿qué habilita a plantear la existencia de un y otro significante? En primer lugar, sabemos desde Saussure (1961),—como ya señalamos más arriba— que la lengua es un sistema en el cual los términos que lo componen son solidarios, dónde el valor de cada uno se establece únicamente en función de la presencia simultánea de los demás. De ahí que el sistema de la lengua constituya un *sistema sincrónico*, y que los valores de cada término sean *valores puros*, puesto que el valor de cada uno se establece sólo en base a una relación de oposición frente a otro/s. Entonces, es el sistema de la lengua el que habilita la existencia de los significantes. Sistema al que Lacan referirá bajo el nombre de (*gran*) *Otro (Autre)*, entendido como el “lugar” en donde la lengua se desenvuelve y funciona; constituye la *estructura* desde la cual los sujetos extraerán los significantes y a partir de allí podrán diferenciarlos. Este *Otro*, sin opuesto, que no es fundado en base a diferencias de propiedades, dado que en su registro no existe propiedad atribuible, no es más que el *significante de la diferencia pura*; es el significante de que hay significante, ya que sólo hay significante si existe la diferencia pura (Milner, 1996). Inversamente, “...el concepto del Otro sólo puede estar intrínsecamente marcado por la diferencia constitutiva que articula a un significante con el otro” (Milner, 1996, p. 119)

El hecho de que los significantes se compongan “según leyes de un orden cerrado” se relaciona directamente con la idea de que “...la estructura del significante es, como se dice corrientemente del lenguaje, que sea articulado” (Lacan, 1985c, p. 481). Ambas frases convergen en la idea de *cadena significativa*, como la forma en la que el discurso se articula; como el modo en el que la cadena hablada se desarrolla. En este punto *el carácter lineal del significante*, definido por Saussure, mantiene total vigencia en las postulaciones de Lacan. El significante se articula con otros dentro de un sistema que se denomina *estructura*, entendida como un sistema reducido a su relación mínima; definida como “...una cadena de elementos distintos en su realidad material, pero semejantes en su pertenencia a un mismo conjunto” (Nasio, 1998, p. 70). Entonces, “si la estructura es el nombre de un sistema cualquiera, entonces la cadena es el nombre de la estructura mínima” (Milner, 1996, p. 106). En el término *cadena significativa* todo se copertence, pues, no puede hablarse de significante si no se lo integra a la cadena, e inversamente tampoco puede hablarse de cadena sino se la concibe constituida por significantes (Milner, 1996). Si los significantes son pura

diferencia y no poseen cualidades, entonces no existen más propiedades que las inducidas por el sistema, y al definir a éste último como estructura, se deduce que toda propiedad es solamente efecto de estructura. Es decir, la estructura es causa. Entonces el significante, ya definido como elemento de toda estructura, no posee propiedades sino que las funda; él es “acción pura” (Milner, 2003)

4. De la estructura y sus operaciones

El término estructura proviene del latín *struere*, que significa *construir*. Término que a su vez proviene del latín *textus*, que nos lleva hasta el término *texto*. De este modo encontramos que la estructura presenta un carácter de texto o de frase (Gasque et al, 1997). La etimología del término ya permite hacer la siguiente inferencia: si la estructura está compuesta por cadenas significantes y si los significantes son unidades lingüísticas, entonces la estructura tiene que ser necesariamente de lenguaje. Y si la estructura del significante es que sea articulado, entonces la estructura inevitablemente está constituida por relaciones entre elementos articulables, que, a su vez, es el soporte de ellas. En resumen, ella es pura combinatoria de elementos formales, que no poseen en sí mismos ni significación, ni sentido, ni forma, ni realidad empírica o inteligibilidad más allá de su apariencia.

En la estructura el sentido y la significación se producen mediante la articulación significante. El sentido es producido según la posición de los significantes, es decir, cada elemento se significa por su posición o lugar dentro de una cadena. “...El significante por su naturaleza anticipa siempre el sentido desplegando en cierto modo ante él mismo su dimensión” (Lacan, 1985c, p. 482). Es decir, el sentido sólo es producido según un tiempo en el que el significante anticipándose recibe su significación en el corte de la cadena que lo articula (Gasque et al, 1997). Esto se visualiza en el nivel de la frase cuando se la corta justo antes del término significativo: “yo a veces...”, “puede que quizá...”, “a menos que...”, etc.

El sentido no es solamente producido por la posición de los significantes, es decir, no sólo es necesaria la dimensión espacio sino también la dimensión tiempo. El corte de la cadena va desde el sinsentido que los significantes constituyen *per se* hasta precipitar en un sentido. Es decir, ese corte en la cadena significante permite que *retroactivamente* los demás elementos de la cadena asuman un significado y que el enunciado adquiera un sentido. Se trataría del tiempo del significante que Lacan llamó *après-coup*, pero que antes Freud ya había definido como *nachträglich*. Dicho término adquiere relevancia para referirse al tiempo del trauma, donde lo esencial del

mismo no tiene tanto que ver con un suceso infantil como con un segundo momento, que hace que el primer hecho cobre una significación para el sujeto y devenga traumático (Gasque et al, 1997).

Ese corte que permite anudar temporalmente el significante a un significado es lo que Lacan (1984) definirá bajo el nombre de *puntada*, *punto de almohadillado* o *capitoné*. La *puntada* adquiere la función de “delimitación” de la que hablaba Saussure y ella es antes que nada la operación mediante la cual “el significante detiene el deslizamiento de la significación que, de otro modo, sería indefinido” (Lacan en Dor, 1994a, p. 50). Dicho de otro modo, es la operación gracias a la cual el produce un significado en la cadena discursiva. Tal asociación es entonces definida no en función de unidades elementales sucesivas sino que depende del conjunto de la secuencia hablada. En definitiva puede decirse que un enunciado adquiere sentido *retroactivamente* en la medida que su significación adviene únicamente al finalizar la enunciación misma. Dicho concepto da cuenta de que Lacan entiende que no existe ninguna relación fija entre significante y significado. Tampoco está determinada por el uso de la lengua ni alterada por el mismo motivo, puesto que la única relación que pueden establecer es puntual, es decir, ella es inmanente a un acto de enunciación singular, y como consecuencia de ello, la relación es puramente contingente.

Si el sentido es una consecuencia, un efecto de la articulación significativa, ésta última, que constituye la estructura, es *inconsciente*. En otras palabras, si el efecto puede ser aprehendido, la forma en que se estructura es inconsciente. Habíamos señalado anteriormente que la estructura es, por excelencia, de lenguaje y ahora se agrega que la estructura es inconsciente. De ahí parece deducirse fácilmente un isomorfismo entre lenguaje e inconsciente; Lacan lo explicita en el *logion* “el inconsciente está estructurado como un lenguaje” (Lacan en Milner, 1996, p. 108). Este aforismo da cuenta que “el inconsciente no es lo primordial, ni lo instintual, y lo único elemental que conoce son los elementos del significante” (Lacan, 1985c, p. 502). Él es simplemente la consecuencia inmediata de que el sujeto habita el lenguaje; el inconsciente es un mero efecto del hecho de que el sujeto habita el lenguaje.

Ahora bien, ¿cómo se produce la articulación significativa? La articulación se da gracias a la doble dimensión de la falta que señalamos más arriba. Ella es causa del movimiento. Debido a que en el origen de la significación existe una pérdida, es que la cadena puede circular, y debido a que un significante reemplaza a otro bajo la función de lugar como falta, es que un significante puede metaforizarse como tal. La

articulación se da mediante dos operaciones que Lacan (1984; 1985) erige como leyes u operaciones de la estructura: la *metáfora* y la *metonimia*. Ambos términos provenientes de la retórica pueden homologarse a los dos procesos primarios planteados por Freud (1991b/1900), considerados como los mecanismos que hacen posible toda formación del inconsciente, a saber, la *condensación* (*Verdichtung*) y el *desplazamiento* (*Verschiebung*) respectivamente. Por un lado, los significantes para producir discurso se organizan en base a una concatenación de ellos. Tal ordenamiento a modo de cadena responde a un tiempo eslabonante que merece llamarse *diacronía* (*eje sintagmático*). Constituye el modo “histórico”, temporal en el que se organiza el discurso. Aquí la metonimia es la dimensión articuladora (Gasque et al, 1997).

Metonimia etimológicamente significa “cambio de nombre”. Es un proceso que permite transferir de denominación, es decir, designar algo mediante una palabra diferente de la que se suele emplear; se trata de una conexión palabra a palabra. Ella se inscribe en el orden de relaciones de contigüidad o vecindad, de alineamiento, de coordinación sintáctica entre dos significantes, ya sea tomando el continente por el contenido, como ocurre en la frase “tomar un vaso de agua”, frente a lo cual debería decirse “tomar el contenido de un vaso de agua”, y aun así se comprende; tomando la parte por el todo, como por ejemplo nombrar “treinta velas” en lugar de treinta barcos, o “lavar el auto” (la carrocería del mismo); tomando el efecto por la causa, como ocurre con el término “cosecha” o “producción”, que designan a la vez tanto el acto de cosechar y producir como el resultado de la acción; tomando la causa por el efecto, como ocurre en la frase “carecer de pan” que significa carecer de trabajo; tomando la materia por el objeto, como en la frase “un lienzo” (un cuadro), etc. Se trata entonces de una sustitución de un significante por otro que le es contiguo (conexión *in praesentia*), por ende puede accederse de manera inmediata al significante sustituido. Esta conexión significativa a significante es formalizada por Lacan (1984) de la siguiente manera:

$$f(S \dots S') S \cong S (-) s$$

Dicha concatenación constituye el articulador que permite “...la elisión por la cual el significante instala la carencia de ser en la relación de objeto, utilizando el valor de remisión de la significación para llenarlo con el deseo vivo que apunta hacia esa carencia a la que sostiene” (Lacan 1989c, p. 495)

Mediante la elisión, el deseo y la metonimia —que constituyen la carencia de ser— se vuelven uno. El verbo francés “elider”, el cual proviene del latín *elidere*, es decir, expulsar, aplastar, en prosodia significa “suprimir en la pronunciación o en la cuenta de las sílabas la vocal final de una palabra ante la vocal inicial de la palabra siguiente” (Rabinovich 2008, p. 29). En castellano, dicho término posee un valor aún más manifiesto que el sentido francés, dado que también significa malograr, desvanecer una cosa. En este sentido, la elisión constituye una supresión, un desfallecimiento de la cosa en la relación de objeto; es la negatividad propia del lenguaje la que borra al objeto y coloca al sujeto en una posición de alienación respecto a la remisión interminable de una significación a otra, donde el referente está perdido desde el inicio. Esta remisión indefinida de significaciones produce la falta en ser como esencia del deseo. Dicha falta es marcada en la fórmula por los puntos suspensivos, los cuales esbozan el intervalo significante ulterior. El sujeto se desplaza continuamente de un significante a otro, en un movimiento que hace que su deseo sea siempre deseo de otra cosa, de “otro nombre”, manteniendo así la presencia de la barra entre paréntesis (-), la cual “...marca la irreductibilidad en que se constituye en las relaciones del significante con el significado la resistencia de la significación” (Lacan 1989c, p, 495). De este modo, en la metonimia el significado queda excluido de la relación palabra a palabra, pero, sin embargo, se desplaza (insiste) por debajo de la barra; se hace referencia a él de manera alusiva, es decir, se encuentra en estado latente, dado que la alusión es un atributo inherente a la metonimia (López, 2009b).

Tal como señala López (2009b), el significante metonímico hace posible la consistencia de la barra, puesto que mediante dicha operación se asegura la ausencia del significado en la cadena significante. La metonimia se enmarca en el campo de la insuficiencia de significación; si el deseo constituye un imposible de decir, es porque la censura únicamente permite que sea un significante metonímico el que asegure la continuidad de la cadena. Entonces

la resistencia a la verdad es la marca del deseo en el discurso concreto, y la falta de acceso al significado del deseo introduce en el núcleo del ser del hombre una falta irreductible que toda la historia de la filosofía, al menos hasta Heidegger, ha tratado de colmar (López 2009b, p. 62)

Por otro lado, el conjunto de elementos diferenciables y sustituibles en un tiempo de simultaneidad operante y diferencial, asume su dinámica en el campo de la sincronía. Dicho movimiento se desarrolla en relación a la *metáfora*, la cual es una figura proveniente de la retórica que se instaura generalmente entre dos términos que

mantiene relaciones de similitud, de analogía. La metáfora se funda en una sustitución significativa donde uno de ellos es sustituido por otro, el cual pasa a ocupar el lugar (la posición) del sustituido, generándose como efecto la producción de un nuevo sentido, equivalente al franqueamiento de la barra, es decir, al logro de un segundo significante (S') que se posiciona como capaz de acceder al significado (s); no se trata de aquel "...s que el discurso metonímico buscaba como ser sino uno nuevo capaz de ocupar su lugar" (López, 2009b, p.65). De ahí el signo de + escrito entre () en la fórmula de Lacan, el cual puede leerse como un más, un plus, que permite saltar la barra.

$$f\left(\frac{S'}{S}\right) S \cong S (+) s$$

Lacan aclara que

La chispa creadora de la metáfora no brota por poner en presencia dos imágenes, es decir dos significantes igualmente actualizados. Brota entre dos significantes de los cuales uno se ha sustituido al otro tomando su lugar en la cadena significativa, mientras el significante oculto sigue presente por su conexión (metonímica) con el resto de la cadena (Lacan, 1985c, p.487)

Por ello puede afirmarse que ella constituye un proceso por el cual el léxico se ve enriquecido, tal como lo señala la evidencia de que buena parte de los "sentidos figurados" no son otra cosa que antiguas metáforas (Dor, 1994a). Ninguna metáfora es posible sino en la medida que toda conexión lexical (preestablecida) queda disuelta. Dicho de otro modo "...el uso de la lengua es susceptible de significación sólo a partir del momento (...) en que la significación arranca el significante de sus conexiones lexicales" (Lacan, 1984, p. 313). Ello es prueba explícita de la *supremacía del significante* (Dor, 1994a).

El carácter autónomo del significante respecto al significado es lo que permite que el primero sea susceptible de significar algo muy diferente de lo que el código le atribuye a modo de objeto. De ahí que una metáfora constituya una producción de sentido, aspecto no enfatizado en las clásicas definiciones de metáfora. Por ese motivo Lacan afirma que "...la metáfora se coloca en el punto preciso donde el sentido se produce en el sinsentido..." (Lacan 1989c, p. 488). Ese no sentido es justamente el que el significante *per se* posee, en tanto que él es la escritura de la diferencia; es el puro trazo diferencial de la desaparición de la cosa y, por ende, carente de todo referente. "Este borramiento del referente, esta desvinculación radical con el concepto

vacía totalmente al significado. El significante no remite a ningún significado, es la escritura de ese borramiento” (Gasque et al, 1997, p. 44). De ahí la afirmación de Lacan: “el significante, en cuanto tal, no significa nada” (Lacan 1984, p. 261). Es el sujeto el que le hace decir, por eso el significante en la práctica no funciona sino a modo de signo.

Si el significante no es más que el trazo, la marca de la diferencia que no representa ni remite a ningún referente o cosa, entonces ¿cuál es su función? Milner (1996) señala que Lacan tuvo el cuidado de no detenerse en el lenguaje. Es cierto que lo evoca explícitamente, pero lo abandona en el instante mismo en que se detiene en él. Ni el lenguaje en sí mismo ni las diferentes lenguas en las que él se polimeriza son el punto de referencia absoluto, “...sino aquello de lo que el lenguaje, reducido a su real, ‘hace-las-veces’. Es decir el sujeto” (Milner, 1996, p. 93). Sujeto que no es sino aquello que precipita, que emerge de la articulación entre dos significantes; no es más que un efecto de la cadena significante, respecto a la cual ocupa un lugar ex-céntrico, de *exclusión interna*. De ahí la famosa frase “un significante es aquello que representa un sujeto para otro significante” (Lacan en Dor, 1994a, p. 122). Él es efecto del significante pero a la vez emerge como el que realiza el acto de articulación del lenguaje, es decir, es condición del vínculo entre los significantes. Los significantes devienen signos gracias a que un sujeto es partícipe en su elaboración. El signo sería entonces aquello que *representa* la acción de un sujeto (Gasque et al, 1997).

El sujeto se halla entonces dividido por el orden simbólico y sujeto a él, del mismo modo que lo está el inconsciente. Se trata de una *Spaltung*, de una escisión inicial del sujeto que proviene de su relación con el tercer orden, a saber, el orden Simbólico, como aquel que mediatizará la relación del sujeto con lo Real, articulando para éste, lo Real y lo Imaginario. Decir que la división (*Spaltung*) es causada por el orden significante, hace que el lenguaje se constituya como la condición lógica del inconsciente. Y decir que el sujeto está dividido, es equivalente a decir que no existe otro sujeto que no sea el ser hablante (*parlêtre*). De estos dos últimos enunciados se puede concluir que “...la causa del sujeto se sustenta en la formación del inconsciente. (...) el orden significante es el que causa al sujeto, estructurándolo en un proceso de división que produce el advenimiento del inconsciente” (Dor, 1994a, p. 116)

La escisión de la que hablábamos produce otra propiedad esencial, que es la alienación del sujeto por y en el lenguaje. Tal propiedad da cuenta del *carácter profundamente inesencial* que posee el sujeto respecto a la cadena significante, en la

que se desvanece a causa de su propia escisión. El sujeto—por tratarse de un sujeto del lenguaje—sólo puede captarse en su propio discurso a costa de la escisión que lo funda: se desvanece como sujeto y sólo podrá encontrarse representado mediante un símbolo. Si un significante como símbolo representa y promueve a un sujeto en el discurso, sólo puede hacerlo con respecto a otro significante. Y de ningún modo puede considerarse al sujeto como causa del significante, sino, al contrario, es causado por él. De ahí surge el término *sujeto barrado* (\$), como un sujeto borrado a sí mismo a causa del orden simbólico.

5. Las psicosis y el papel de la *Verwerfung*

A partir del *Seminario Las Psicosis* (1984), Lacan postula a las psicosis, junto a las neurosis y las perversiones como las estructuras freudianas. Estructura en el sentido en el que Lacan lo emplea—como la forma en la que el discurso se articula y organiza—, supone una ruptura respecto a abordajes previos, tales como los de Kraepelin, Jaspers, Bleuler, Kanner, Ey, Clérambault, entre otros. Estos autores, si bien propusieron desarrollos teóricos fundamentales para intentar comprender las psicosis, realizando las primeras clasificaciones de las alucinaciones y delirios, centrando además sus observaciones en varios aspectos del lenguaje (parafasias, disintaxis, aliteraciones, disfasias, entre otras alteraciones del lenguaje), poseen un alcance limitado en la medida que son el resultado de abordajes puramente descriptivos, fenomenológicos y superficiales de la cuestión, apoyándose en una concepción débil del lenguaje, entendido como una simple herramienta de comunicación, de expresión del pensamiento (Fernández, 2002). Ello supone “...un asociacionismo prácticamente lineal entre lenguaje y pensamiento, asociacionismo que no da cuenta de la implicancia recíproca que existe entre ambos con las prácticas interactivas” (Fernández, 2002, p. 6). Lacan, desde el comienzo de su enseñanza en la década del cincuenta—apoyándose en la lingüística de Saussure y Jakobson, la antropología estructural de Levi-Strauss, la filosofía hegeliana, entre otros aportes— busca realizar un redimensionamiento y revalorización del lugar que el descubrimiento freudiano había atribuido al lenguaje. Y en lo tocante a las psicosis, intenta establecer un modelo explicativo, estructural, que permita comprender como ellas se producen, así como también los fenómenos que les son inmanentes.

¿Qué hace Freud sino leer al pie de la letra el discurso del paranoico Schreber? Lo que el padre del psicoanálisis hace es dar primacía a algo que hasta ese entonces la psiquiatría parecía haber desdeñado: el discurso, la palabra del psicótico.

Pues, según el desarrollo freudiano de la psicosis, también en ella parece haber una verdad en juego, tal como ocurre en las neurosis, pero a diferencia de ésta última, la verdad no es algo a descifrar sino que se encuentra explicitada en bruto (Lacan 1984); el inconsciente del sujeto de las psicosis no aparece fugazmente, sino que está ahí mismo en acto. De ahí que Lacan sostenga que “es clásico decir que en la psicosis, el inconsciente está en la superficie, es consciente. Por ello incluso no parece producir mucho efecto el que esté articulado” (Lacan 1984, p. 23). Esta expresión directa del inconsciente, es decir sin mediación de lo simbólico, es el delirio, como una formación imaginaria que aparece en lo real. Cabe la pregunta, ¿cuál es la diferencia primordial entre las neurosis y las psicosis? Si ambas constituyen estructuras, la diferencia necesariamente debe estar a nivel del significante. El autor señala, como articulación del problema, que las psicosis se instauran en torno a una falla a nivel simbólico; se trataría de la imposibilidad en la inscripción de un significante que resultaría primordial para la constitución y consistencia de la cadena. A causa de este “agujero” en la estructura, es que en el psicótico pueden observarse ciertos fenómenos y trastornos del lenguaje que constituyen para Lacan (1984) los elementos que definen la estructura psicótica.

Lo anterior supone que el mecanismo que funda las neurosis, a saber, la *Verdrängung*—traducida a nuestra lengua por *represión*— y el que instaura a las psicosis no puede ser el mismo. De otro modo sería incomprensible cómo algo que cae bajo la acción de la represión podría retornar en forma de alucinación y no de manera articulada, como ocurre en el síntoma neurótico. Freud (1915) tendió cada vez más a dudar que la represión de las neurosis tuviera algo en común con la “represión” en la esquizofrenia. Por ello emplea términos como *Verleugnung*—traducido por *desmentida* o *renegación*—y menos frecuentemente *Verwerfung*—en castellano *rechazo*. De cualquier modo, el padre del psicoanálisis reconoció haber fracasado en intentar aislar la especificidad de un mecanismo psicótico. Prueba de ello es que la *Verleugnung*, mediante un examen atento, parecería estar presente en las psicosis, neurosis y perversiones, lo cual obliga a Lacan a afirmar “...la inexistencia de una tesis sólida en el abordaje freudiano de la psicosis cuando se trata de definir la defensa que en ella interviene” (Maleval, 2002, p. 33).

La *Verwerfung*, por su parte, no figura en el índice de las *Obras Completas* y en ella constituye “un significante flotante” (Laplanche & Pontalis, 1971, p. 396). Aparece allí como

...un mecanismo patógeno generador tan pronto de una confusión alucinatoria, como de un episodio de transferencia negativa o de una breve alucinación, además de participar en un proceso estructurante que está en el origen de la conciencia moral (Maleval, 2002, p. 38)

Ello determina que el estatuto teórico en la enseñanza freudiana respecto a dicho concepto permanezca incierto y por momentos confundido con el de *represión*. Lacan (1984) es quién coloca el énfasis en el concepto de *Verwerfung*, captándolo en los pocos lugares que hace acto de presencia y en aquellos donde el sentido del texto permite suponerlo

Este concepto aparece por primera vez en *Las psiconeurosis de defensa* (Freud, 1991a/1894) a modo de una defensa más eficaz que la que opera en las obsesiones y las fobias. Consiste en un rechazo (*verwirft*) de una representación y un afecto insoportables para el yo, el cual se comporta como si la representación nunca hubiese llegado hasta él; se trata de una ruptura del yo con una realidad que se torna imposible de asumir. Cronológicamente, el segundo lugar donde *Verwerfung* aparece es en *Tótem y tabú* (Freud, 1991f/1913). Allí el término es empleado para describir un proceso primitivo de expulsión, que no es otro que la *represión primaria*, con la cual se vincula el origen de la culpabilidad inconsciente. Cinco años después, a propósito del caso del Hombre de los lobos (Freud, 1992c/1918), *Verwerfung* es usado para hacer referencia a una corriente psíquica oscura y antigua que es afectada, y respecto de la cual ni siquiera podría hablarse de un juicio concerniente a la realidad de la castración. A su vez allí aparece como un término útil para expresar un proceso de exclusión más acentuado y radical que el generado por la *Verdrängung* (Maleval, 2002). Por último, es una palabra localizable en el texto *La negación* (Freud, 1992/1925), al cual referiremos a continuación.

Lacan (1984) señala que en dicho texto Freud admite la existencia de una *Bejahung* primordial, primitiva, la cual subyace al proceso de verbalización; se trata de una admisión, de una aceptación en el sentido de lo simbólico que puede o no tener lugar. La *Verneinung*--traducido por *denegación*--se apoya necesariamente en una afirmación (*Bejahung*) simbólica previa, dado que la primera implica inevitablemente concebir una representación de aquello que es negado; se trata de un juicio de atribución. En otras palabras "todo juicio de existencia articulado negativamente en una *Verneinung* es secundario a una afirmación previa surgida de un juicio de atribución primitivo" (Maleval, 2002, p. 44)

A nivel de esta *Bejahung* primitiva se produce una primera dicotomía: o bien la simbolización establece su punto de origen (de carácter mítico), o bien se produce algo que es opuesto a una aceptación, a saber, una *Verwerfung*; un rechazo primitivo de lo simbólico que afecta a un “primer cuerpo de significante”. La primera funda la represión primaria y, por lo tanto, se erige como condición necesaria para que pueda instaurarse la represión secundaria, y a partir de ella, su contenido pueda reaparecer a nivel del significante. Mientras que lo expulsado fuera del campo de la *Bejahung* primordial, queda en “el dominio de lo que subsiste fuera de la simbolización” (Lacan en Maleval, 2002, p. 46). Esto le permite a Lacan postular que “...todo lo rehusado en el orden simbólico, en el sentido de la *Verwerfung*, reaparece en lo real.” (Lacan, 1984, p. 24). Existe por lo tanto

...una estrecha relación entre, por un lado, la denegación y la reaparición en el orden puramente intelectual de lo que no está integrado por el sujeto; y por otro lado, la *Verwerfung* y la alucinación, vale decir la reaparición en lo real de lo rehusado por el sujeto (Lacan, 1984, p. 25)

Pero si bien Lacan establece una íntima relación entre la *Verneinung* y la *Verwerfung*, a ésta última la localiza en el nivel de la enunciación, y más precisamente con algo que no puede ser dicho. Al tiempo que algo debe ser instituido en el nivel del decir para que pueda o no ser dicho, la *Verwerfung* da cuenta de una dificultad inmanente al registro de la existencia. Por lo tanto la *Verwerfung* evidencia la existencia de una oposición dialéctica entre la *Bejahung* y la *Ausstossung*—entendiendo a este segundo término como un proceso primordial de expulsión, indispensable para que el sujeto se estructure—en la que nada puede ser afirmado, y como resultado no puede instaurarse ninguna posición del sujeto (Fernández, 2002). Y como resultado de la no inscripción de la operación simbólica de la negación, tiene lugar el *negativismo*, donde no hay remisión a afirmación alguna, puesto que nada está previamente afirmado. Podemos concluir que si el psicótico no puede decir “no” al *Otro*, toda posibilidad de discriminarse respecto a él como sujeto deseante, se verá imposibilitada. “Por tanto, el psicótico queda, así, anclado a ser objeto de supuesto goce” (Fernández, 2002, p. 78)

Este rechazo primordial que se supone está en la base de la estructuración de toda psicosis, lleva inevitablemente a la pregunta de qué lugar ocupa la palabra en dicha estructura, es decir que ocurre con el gran *Otro* en las relaciones que el sujeto psicótico entabla con otros, puesto que él, al menos de manera aparente, a otros se

dirige. Punto de partida ineludible para intentar comprender las psicosis, que abordaremos en el siguiente apartado.

5.1 El lugar del Otro en las psicosis

Freud al abordar el caso sobre el presidente Schreber (1991e/1911), ya constata que el término proyección es insuficiente para comprender la paranoia. El padre del psicoanálisis afirma: “No era correcto decir que la sensación interiormente sofocada es proyectada hacia afuera; más bien inteligimos que lo cancelado adentro retorna desde afuera” (Freud, 1991e/1911, p. 66). Esto da cuenta que la proyección, como mecanismo neurótico, no puede ser empleado en las psicosis, puesto que en el caso de las primeras el sujeto por ejemplo puede atribuirle a su pareja las propias infidelidades que debiera reprocharse. Mientras que en un delirio de celos, un mecanismo tal no podría intervenir en la medida que el psicótico está identificado mediante una alienación invertida, dónde su pareja es la representante del propio sentimiento del psicótico, frente a un conjunto indefinido de sujetos (Lacan, 1984).

Esta “alienación invertida”, “divertida”, o “convertida” tal como Lacan (1984) llama a las tres formas delirantes que Freud (1991e/1911) establece, constituyen las modalidades en la que el psicótico se vincula a otros. En la medida que no supera ese transactivismo fundamental—ejemplificado por el caso de un niño pequeño que golpea a otro, diciendo que es el otro quien lo golpeó; al principio él es el otro—, el psicótico queda alienado a esa primera síntesis del *ego* que es por excelencia un *alter ego*, un doble, un igual, dónde la tendencia del sujeto está más próxima a la del otro—quien hace de sostén y de fuente de satisfacciones—, que a la suya propia. Esta identificación a la imagen del otro es fundamental para el advenimiento del sujeto hablante, pero es necesario distinguirla de la alienación en las psicosis, la cual se produce a causa de la exclusión del gran *Otro* (Lacan, 1984). Es decir, la alienación a la imagen del otro no cede su lugar a la alienación en el lenguaje. Ciertamente, el psicótico es un sujeto que habla, o mejor dicho que es hablado por el lenguaje, pero, a diferencia del neurótico, no está en posición de recibir del otro su propio mensaje de forma invertida, sino en la de recibir de él (representado por la letra *a*) su mensaje propio de manera directa, como si este otro fuera realmente quien lo emite, el cual no es otro que su complemento, su semejante y “su reflejo en su espejo” (Lacan, 1984, p.79). Dicho de otro modo: se trata de una relación imaginaria, y como tal se despliega en el eje de *ego* a *ego*.

Lacan señala que Freud en *Introducción del narcisismo* (1992a/1914) introduce por primera vez la importancia de la relación imaginaria, narcisista, cuyo carácter es esencial para que toda relación intersubjetiva tenga lugar; se trata de una relación erótica, debido a que “toda identificación erótica, toda captura del otro por la imagen en una relación de cautivación erótica, se hace a través de la relación narcisista” (Lacan, 1984, p. 134), y el autor agrega que ella es también el origen de la tensión agresiva. A este respecto Lacan agrega lo siguiente:

Si la relación agresiva interviene en esa formación que se llama el yo, es porque le es constituyente, porque el yo es desde el inicio por sí mismo otro, porque se instaura en una dualidad interna al sujeto. El yo es ese amo que el sujeto encuentra en el otro, y que se instala en su función de dominio en lo más íntimo de él mismo. Si en toda relación con el otro, incluso erótica, hay un eco de esa relación de exclusión, *él o yo*, es porque en el plano imaginario el sujeto humano está constituido de modo tal que el otro está siempre a punto de retomar su lugar de dominio en relación a él, que en él hay un yo que siempre en parte le es ajeno. Amo implantado en él por encima del conjunto de sus tendencias, de sus comportamientos, de sus instintos, de sus pulsiones. (Lacan, 1984, pp. 134-135)

Lo recién señalado vuelve necesaria la introducción de algo que permita regular los intercambios, que posibilite superar la base imaginaria de competencia y rivalidad siempre presente, que puede llevar a extremos como el de anular al otro, tal como ocurre en los crímenes pasionales. Ello “...es superado en la palabra, en la medida en que concierne al tercero” (Lacan, 1984, pp. 61-62). En el lugar de la palabra, Lacan coloca al gran *Otro*, como la alteridad radical, frente a quién un sujeto se hace reconocer y cobra existencia en cuanto tal. El autor afirma que ningún sujeto puede hacerse reconocer por el *Otro* sino en la medida en que éste último está previamente reconocido, cuya existencia está más allá de la realidad en la que el sujeto articula. Se trata entonces de una palabra plena, comprometida, esencial que supone siempre un acuerdo, un pacto, en tanto instaura la posición de ambos sujetos en juego, lo cual presume cierta reciprocidad. De ahí que Lacan (1984) emplee el ejemplo *tú eres mi mujer* como palabra fundadora, lo cual implícitamente supone el enunciado *yo soy tu hombre, tu esposo*, etc. Existe en la estructura de la palabra un revés de esa palabra fundadora, o *fides*, que es el *fingimiento*. Alguien puede encarnar el lugar del *Otro* en la medida que es capaz de engañar al sujeto con lo que dice o hace, incluso cuando diga la verdad con la finalidad de que crea lo opuesto.

Lacan afirma que existen dos maneras de hablar de ese sujeto (S): dirigiéndose verdaderamente al *Otro* y de este modo recibir el mensaje que concierne al sujeto de manera invertida, o bien dirigirse a él indirectamente bajo la forma de alusión (Lacan, 1984). Este segundo caso es el que se presenta en el psicótico dónde puede afirmarse que "...la relación psicótica en su grado último de desarrollo, implica la introducción de la dialéctica fundamental del engaño en una dimensión (...) transversal con respecto a la relación auténtica" (Lacan, 1984, p. 102). Es decir el *Otro* está excluido de toda relación que el psicótico pueda establecer, y por tanto, aquello que concierne al sujeto—que se presenta en un espectro que va desde la alucinación hasta la interpretación—es enunciado realmente por un otro con *a* minúscula. En ese plano suceden todos los fenómenos de entre-yo (*je*) que forman lo aparente en la fenomenología de las psicosis. Lo cierto es que aunque el sujeto no pueda comprender la significación de lo que es dicho, posee una certeza radical de que eso lo atañe y de que tiene una significación de carácter inquebrantable.

La exclusión del *Otro* en tanto que en él todo sujeto hace reconocerse como tal, y la falla en la inscripción de ese significante primordial—que por otra parte aún no hemos tratado en su debida extensión—, son condiciones necesarias, aunque no suficientes, para que en un sujeto dado, en un momento preciso de su vida, se desencadene una psicosis. Lacan (1984) propone que en ellas la *Verwerfung* de ese significante primordial, deja un agujero, un vacío, una falta en la estructura a nivel del significante; un lugar donde no hay respuesta alguna. Hablar de respuesta presupone que una pregunta ha sido formulada. El autor señala que en el caso del neurótico la pregunta está efectivamente formulada, aunque no lo sea a nivel consciente; en el caso de los psicóticos no es seguro. Incluso la pregunta pudo formularse por sí misma, o la respuesta pudo presentarse antes que la pregunta fuera realizada.

En definitiva, lo que Lacan se pregunta es "...que sucede para un sujeto cuando la pregunta viene de allí donde no hay significante, cuando el agujero, la falta, se hace sentir en cuanto tal" (Lacan, 1984, p. 289). Cuando al sujeto se le impone, desde el punto de vista simbólico, una exigencia, una pregunta que viene del *Otro*, de tipo *¿Qué soy?, ¿soy?*, éste se ve obligado a confrontar ese defecto que se encuentra allí desde siempre, y al no funcionar el mecanismo que vendría a colocar en la cadena al significante que respondería a la pregunta, el sujeto irremediadamente termina poniendo en tela de juicio al conjunto del significante. Ahí se produce justamente el fenómeno psicótico. Lacan lo entiende como

La emergencia en la realidad de una significación enorme que parece una nadería—en la medida en que no se la puede vincular a nada, ya que nunca entró en el sistema de la simbolización—pero que, en determinadas condiciones puede amenazar todo el edificio (Lacan, 1984, p. 124)

En el momento en que aparece esta significación que no viene de ningún lado y que no remite a nada, el mecanismo de la represión se pondría a funcionar, pero por alguna razón no logra operar, es decir, no se produce lo que ocurre en las neurosis, sino que el sujeto se encuentra en un estado de perplejidad y vulnerabilidad, incapaz de poner en funcionamiento la *Verneinung* con respecto al suceso. En el seno de dicho acontecimiento, el *Otro*, siempre presente en el sujeto, aparece de manera abrupta, revelándose en su función propia: la de hacer existir al sujeto, puesto que sólo en el discurso éste último existe. Entonces el “garante de la palabra” amenaza con abandonarlo por completo, haciéndolo desaparecer. Este es el punto que caracteriza el inicio de una psicosis, que Schreber llama “crepúsculo del mundo” (Lacan, 1984). A partir de entonces se produce algo que se sustrae al “compromiso simbolizante de la neurosis”, y que se expresa en otro registro, a saber, mediante “una verdadera reacción en cadena a nivel de lo imaginario” (Lacan, 1984, pp. 126-127). Dicho de otro modo, dado que el sujeto no puede restablecer el pacto con el otro, es decir, no puede valerse de la palabra para establecer una mediación entre lo nuevo y él, “...sustituye la mediación simbólica por un pulular, una proliferación imaginaria, en los que se introduce, de manera deformada y profundamente a-simbólica, la señal central de la mediación posible” (Lacan, 1984, p. 127). El delirio se presenta entonces como un intento de recuperar un equilibrio, de compensar la perplejidad que el sujeto experimenta respecto al significante. Es un “...intento restitutivo que apunta a dar respuesta al reclamo que el otro le dirige desde lo real” (Vegh, 1995, p. 115); constituye un intento de enlace a lo social.

Mientras la pregunta no se plantee, el sujeto puede llevar una vida más o menos “normal”, manteniendo relaciones de pareja, de amistad, etc., debido a que, si bien la realización del significante a nivel simbólico se haya excluida para el sujeto, le restarán como compensación imaginaria a dicha desposesión, una serie de identificaciones conformistas a la imagen del semejante, que le darán la impresión de que debe hacer para ser lo que se supone que es: un hombre o una mujer. En palabras de Lacan: “es una imagen que no se inscribe en ninguna dialéctica triangular, pero, cuya función de modelo, de alienación especular, le da pese a todo al sujeto un punto de enganche, y le permite aprehenderse en el plano imaginario” (Lacan, 1984, p. 291). Si la imagen

cautivante de este otro especular es desmesurada, no posee la significación de exclusión recíproca que comporta el enfrentamiento especular, sino la de *captura imaginaria* (Lacan, 1984). Esta captura posee un carácter deshumanizante, en la medida que no deja lugar a la relación de exclusión recíproca que habilita a que la imagen del yo se funde en función de un modelo logrado, a saber, la imagen del otro. Se trata aquí de una alienación radical, en la medida que no está enlazada a un significado abrumador, como ocurre en una relación de rivalidad, sino al anonadamiento del significante.

5.2 De la *Verwerfung* freudiana a la forclusión del Nombre del Padre

Si bien Freud (1911-1940) señala que el psicótico reconstruye un edificio delirante para enmascarar una falla fundamental, no logra precisar de qué se trata dicha falla. Lacan afirma que si existen “significantes de base”, sin los cuales no podría establecerse el orden de las significaciones, la falla ha de producirse a nivel de alguno de ellos. Al faltar uno de ellos, el psicótico puede encontrarse ante un vacío, tal como señalamos anteriormente, y dado que el significante nunca actúa solo, “...el sujeto se ve obligado a poner en cuestión el conjunto del ordenamiento de la cadena significante, proceso que sólo consigue estabilizarse mediante la creación de una neorrealidad delirante” (Maleval, 2002, p. 56).

Para precisar de qué significante se trata, en las últimas lecciones del Seminario *Las psicosis* (1984), Lacan se esfuerza por circunscribir a este significante que falta, el cual definiría a la estructura psicótica. Tomando como modelo a Schreber, afirma que se trata en éste de “la ausencia del significante masculino primordial”. Elemento observable en su delirio, en la medida que para Schreber no existe otro modo de realizarse, desde el punto de vista sexual, que transformándose literalmente en una mujer. Dicha constatación estimula a Lacan a preguntarse acerca de la función paterna. Se interroga por qué Freud insiste tanto respecto al Complejo de Edipo, entendiéndolo como el nudo esencial e irreductible del sujeto. Lacan responde que lo central del Edipo gira en torno a la noción del padre, dado que “...le da el elemento más sensible de la experiencia”, a saber, “el punto de almohadillado entre el significante y el significado” (Lacan, 1984, p. 383). Este término proveniente de la jerga de los colchoneros es empleado por Lacan para designar aquellos significantes primordiales a partir de los que se organizan y aseguran el orden simbólico y la realidad de un sujeto (Maleval, 2002).

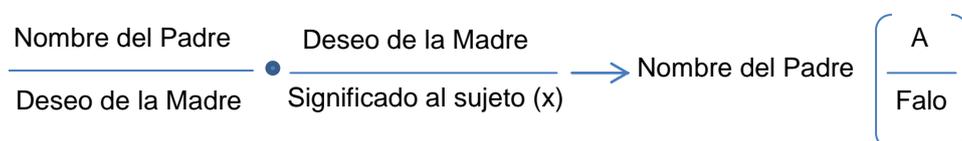
Un mínimo de puntos de almohadillado—que la función paterna instaure—, son necesarios para guiar al sujeto en su constitución y camino; por el contrario, cuando los puntos de fijación entre ambas masas amorfas—la del significante y la del significado—fallan o son insuficientes, el flujo de significantes recobra su independencia y el sujeto entra en el campo de las psicosis. Ello provoca que, a falta de la carretera principal, “eso” comienza a hablar para el sujeto, a modo de una alucinación verbal, ofreciéndole una serie de senderos mediante los cuales vagamente se indica la dirección a seguir (Lacan, 1984). Lo esencial del padre es entonces cumplir la función de ley que está allí *ab origine*, es decir desde siempre, y la sexualidad humana debe realizarse bajo su regulación. Edipo significa que “el sujeto encuentra su lugar en un aparato simbólico preformado que instaure la ley en la sexualidad. Y esta ley solo le permite al sujeto realizar su sexualidad en el plano simbólico” (Lacan, 1984, p. 242)

La noción de lo que es *ser un padre* no es en absoluto algo natural, sino que, por el contrario, ya Freud (1911f/1913) indica que el padre es un símbolo; es el resultado del asesinato del padre mítico de la horda primordial; es el padre muerto. Según Lacan (1984), el hecho de que un hombre copule con una mujer, y que ésta nueve meses después dé a luz un hijo, nunca podrá constituir la noción de que implica *ser padre*, sencillamente en el sentido de procrear. Por el contrario, es necesario un efecto retroactivo, una serie de articulaciones culturales, para que el acto de copular adquiera para el hombre el carácter que habitualmente se le atribuye: el de ser el padre de ese hijo. La experiencia inmediata muestra que la madre está determinada por la experiencia del nacimiento, mientras que el padre existe solamente para el niño a través de la palabra de su progenitora. Por esta razón “...la función de *ser padre* no es pensable de ningún modo en la experiencia humana sin la categoría del significante” (Lacan, 1984, p. 417) y, en tanto significante, no puede reducirse a ningún tipo de condicionamiento imaginario. Es decir, el padre simbólico puede inscribirse incluso cuando el niño jamás lo haya visto en su vida. Lo importante es que en el discurso de la madre aparezca esta terceridad de la que su deseo depende.

La *Verwerfung* en la inscripción de este significante primordial, que Lacan llama *Nombre del Padre* (1984), es el mecanismo que determina la estructura psicótica. El autor, en la última lección de su seminario consagrado a las psicosis (1984), propone sustituir el término *Verwerfung* por el de *forclusión*. La razón de ello es que el Nombre del Padre designa aquello que encarna la ley en lo simbólico, por lo tanto, si existe en la lengua francesa un término que posea una connotación jurídica clara y que habilite

traducir una *Verwerfung* de la ley, entonces parece más pertinente emplear un término como el de *forclusión*, dado que posee un carácter más neutro que el de rechazo o cercenamiento (Maleval, 2002)

Si la función paterna sólo puede inscribirse en el niño a partir de la palabra de la madre, entonces el Nombre del Padre ocupa un segundo tiempo (lógico) respecto al significante que representa la relación del niño con la madre, a saber, el significante fálico (S_1). De esto se desprende que la introducción de la función paterna es vivida por el sujeto como una experiencia metafórica (Lacan, 1994). Que el padre sea una metáfora significa que aquello que ocurre en el seno del Complejo de Edipo, consiste en la sustitución de un significante por otro; el significante del Nombre del padre (S_2) pasa a ocupar el lugar del primer significante introducido en la simbolización (el significante materno). Lacan representa la metáfora paterna de la siguiente forma:



Según Maleval (2002), Lacan realiza una formalización del Complejo de Edipo en base a un principio de su reducción a un proceso metafórico, donde el padre y la madre intervienen únicamente a modo de significantes. Cuando la metáfora paterna tiene lugar, la madre queda interdicta, el significante que la simboliza cae bajo la represión y el Nombre del Padre se inscribe en el inconsciente por un lado, y por otro, el falo le es dado al sujeto como significado, es decir como aquello que explicaría las idas y venidas de la madre. A partir de entonces, el niño deja de sentirse atado a la omnipotencia del capricho materno; cesa de estar sometido a la multiplicidad de significaciones particulares provocadas por el deseo de la madre, y comienza a orientarse en base a la significación fálica, cuya función es la normativización del lenguaje. Dicho de otro modo, “la función fálica hace que el sujeto sea apto para inscribirse en discursos que constituyen un vínculo social.” (Maleval, 2002, p. 83).

La función paterna consiste entonces en separar al sujeto del objeto de goce primordial, generando un muro frente a este goce inherente al vínculo madre-hijo; el Nombre del Padre opera generando un corte en dicha relación dual, de modo que toda ilusión de una completud imaginaria queda imposibilitada. Y de esta manera, el cuerpo del sujeto —al quedar separado del seno materno, el cual es fantaseado inicialmente como parte de su propio cuerpo— queda vaciado de goce, el cual queda colocado en el exterior de él, de modo que la satisfacción pulsional queda orientada por los cortes

que constituyen los bordes del organismo, mediante objetos situados en el exterior del mismo. Sucede lo opuesto cuando la forclusión de este significante primordial ha tenido lugar, donde la escritura de la metáfora paterna se reduce a un muñón que quedaría escrita de la siguiente forma:

Deseo de la madre
Significado al sujeto (x)

Aquí no hay sustitución posible, por esa razón el deseo de la madre se muestra a modo de un goce sin límite y de carácter indomable para un sujeto que carece del significante fálico que le permita dar cuenta de él y así, regularlo. Prueba de ello son las descripciones que hacen los psicóticos acerca de su cuerpo, que dan cuenta de la ausencia de la representación fálica del goce: Schreber describe su cuerpo como un “cadáver leproso”, Wolfson como un “cadáver ambulante”, Artaud como un “bistec sanguinolento”, etc. (Maleval, 2002). Dicha falta también es patente en el carácter enigmático que adquiere para el psicótico aquello que es significado por el Otro, tal como lo indica la perplejidad que se expresa junto a los fenómenos elementales de la psicosis.

6. Los elementos clínicos de las psicosis: los trastornos de lenguaje

La concepción lacaniana del inconsciente estructurado a modo de un lenguaje tiene su punto de partida en la clínica de la paranoia, donde las alteraciones del lenguaje se colocan en primer plano; lo específico del sujeto psicótico está dado por todo aquello que éste realiza con la lengua. Dicho de otro modo, solamente puede hablarse de psicosis en la medida que el sujeto presente trastornos del lenguaje. Es ésta una condición necesaria más no suficiente para realizar tal diagnóstico (Lacan, 1984).

Colocar los trastornos del lenguaje como condición necesaria para el diagnóstico clínico de una psicosis, supone un distanciamiento respecto a abordajes de carácter fenomenológico, generando un acercamiento a exploraciones de tipo dinámico y estructural (Fernández, 2002). Debido a que “nada puede esperarse de un abordaje de la psicosis en el plano imaginario, porque el mecanismo imaginario da la forma, pero no la dinámica, de la alienación psicótica” (Lacan, 1984, p. 212). Por tanto, un abordaje de las relaciones del sujeto con el significante permite apreciar los fenómenos lingüísticos de las psicosis, así como establecer argumentos que intenten explicarlos. Cabe aclarar que varios de estos trastornos del lenguaje son propiedad de la lingüística y de las ciencias cognitivas, pero tales concepciones no hacen posible

captar la especificidad del fenómeno clínico, en la medida que no tienen en cuenta al sujeto del inconsciente (Maleval, 2002). En este sentido, Lacan toma dichos trastornos y los modifica de manera que se adecúen a su modelo estructural.

6.1 El neologismo

El primer trastorno del lenguaje a desarrollar es el *neologismo*, dado que constituye una de las alteraciones más conocidas y estudiadas. Freud (1992b/1915) señala que el desinvestimiento psíquico de las representaciones-cosa que generaría una sobre investidura de las representaciones-palabra, sería el elemento exterior al lenguaje que determinaría la posición del sujeto psicótico. Freud agrega que

En la esquizofrenia las *palabras* son sometidas al mismo proceso que desde los pensamientos oníricos latentes crea las imágenes del sueño, y que hemos llamado el *proceso psíquico primario*. Son condensadas, y por desplazamiento se transfieren unas a otras sus investiduras completamente; el proceso puede avanzar hasta el punto en que una sola palabra, idónea para ello por múltiples referencias, tome sobre sí la subrogación de una cadena íntegra de pensamientos. (Freud, 1992b/1915, p. 196)

Lacan, por su parte, le otorga el carácter de construcción metafórica, atribuyéndole un papel fundamental: “A nivel del significante (...), el delirio se distingue precisamente por esa forma especial de discordancia con el lenguaje común que se llama neologismo” (1984, p. 52). A pesar de estas dos consideraciones, el neologismo propiamente psicótico refleja ser difícil de circunscribir, dada su especificidad.

Maleval (2002) señala que el término clásicamente refiere a una palabra nueva que se crea, llamada neologismo lexical, o bien a una palabra ya existente a la cual se le atribuye un nuevo sentido: neologismo semántico. El autor aclara que el ejemplo más conocido dado por Lacan de neologismo psicótico, no se ajusta a dicho planteamiento formal. Se trata del neologismo “galopinar” (Lacan, 1984), proferido por una paciente en una de las presentaciones de enfermos a cargo de Lacan. El autor afirma que tal palabra cobra importancia, no en tanto que constituye un término del francés antiguo, que cobra un nuevo sentido, sino en la medida que da cuenta que en el lenguaje del psicótico—en este caso se trata de una paranoica—aparecen una serie de palabras que adquieren un peso, un valor, una densidad particular y se vuelven un punto de referencia esencial para el sujeto, cuya significación tiene la particularidad de no remitir más que a sí misma, permaneciendo, por tanto, irreductible. Es decir, “galopinar” posee una significación que no remite a otra

significación, tal como ocurriría en el discurso de un neurótico, sino a *la* significación en cuanto tal, la cual se presenta como enigmática y por tanto inefable.

Las descripciones psiquiátricas realizadas por Tanzi, Teulié, Séglas, Lefèvre, entre otros (Maleval, 2002) para captar las variedades de los neologismos psicóticos, dan cuenta de dos grandes clases de neologismos: la primera se funda en la noción de neologismo activo, de carácter persistente, constituye la causa o consecuencia del delirio; la segunda se basa en el concepto de neologismo pasivo, el cual es de carácter fugaz, carece de sentido y de relación al delirio, y se funda en la asonancia. En el *Seminario Las Psicosis* (Lacan, 1984), Lacan, basándose en dicha oposición, funda la existencia de dos formas de neologismos: por un lado la intuición delirante, la palabra reveladora, la palabra enigmática, es decir una palabra plena de sentido; por el otro está la fórmula, el estribillo, el ritornelo, la cantinela. Se trata de una palabra vacía. El abordaje de la psicosis por parte de Lacan en ese momento de su obra, enfatiza el “desencadenamiento del significante”, a causa de la forclusión del Nombre del Padre. En el seno de esta perspectiva, el neologismo puede concebirse como portador de una función reparadora, apaciguadora. En palabras de Lacan “ambas formas, la más plena y la más vacía, detienen la significación, son una especie de plomada en la red del discurso del sujeto” (Lacan, 1984, p. 53). La función del neologismo parece responder a un intento de suturar la cadena significante desamarrada, poniendo así un límite al goce deslocalizado, el cual se produce a causa de dicho desencadenamiento (Maleval, 2002).

La intuición delirante constituye un fenómeno de carácter pleno que posee para el sujeto un significado que lo deja anonadado, atiborrado. Esta palabra plena es generalmente captada por el sujeto como poseedora de un carácter particular dentro de la lengua materna: como una certeza sin vacilación. Mediante el neologismo el sujeto posee la convicción de alcanzar “una congruencia de la palabra con la cosa, de tal forma que el término en cuestión constituye una puerta de entrada en el reino del saber absoluto” y de este modo, “congela el sentido sin que éste pueda ser modificado a posteriori” (Maleval, 2002, p. 172). Ello se debe justamente al carácter “intuitivo” de tales palabras, de modo que ellas—al constituir la cosa misma—se bastan a sí mismas para establecer un carácter definitivo a la realidad, en la medida que la sola existencia de la intuición elimina toda necesidad de razonamiento, deducción, inducción o prueba para sostener lo afirmado. En este sentido, tal como afirma Jean-Claude Maleval (2002), el carácter estrictamente neológico del fenómeno se vuelve secundario y se coloca en primer plano lo específico de ciertos significantes, donde lo importante no es

su forma sino el hecho de que no se articulan de manera dialéctica, degradándose al carácter de pura letra. Para abordar de manera más adecuada este aspecto emplearemos posteriormente el término de *holofrase*, para definir un segundo trastorno del lenguaje típico en las psicosis.

La intuición delirante, sin importar que el psicótico intente rechazarla, nunca deja de contribuir a la reorganización delirante. Por el contrario, cuando se trata de la fórmula vacía, es más difícil sostener la idea de que el neologismo funcione “como un plomo en la red rota del significante”. La fórmula o estribillo se opone a la palabra, en la medida que sólo constituye una repetición que “se machaca con insistencia estereotipada” (Lacan, 1984, p. 53), basada en asonancias—se trata de una insignificancia estrictamente fonemática—las cuales dan cuenta que existe una desconexión con su representación desde el principio. Un claro ejemplo de estas fórmulas vacías es el que da Freud, a propósito del caso Schreber, cuando éste se refiere a los “pájaros de milagro” que lo acosan profiriendo unas “frases aprendidas de memoria y carentes de sentido”, que les han sido “inculcadas” (Freud 1991/1911, p. 34). En este sentido, Freud agrega que estos pájaros “...no comprenden el sentido de las palabras que pronuncian, pero tienen una natural receptividad para su homofonía, que no necesita ser total” (Freud, 1991/1911, p. 35). Y enseguida establece varios ejemplos para dar cuenta de dicha homofonía, que colocamos a continuación:

“Santiago” o “Karthago”,
“Chinesentum” o *Jesum Christum*”,
“Abendrot” o “Atemnot”,
“Ariman” o “Ackerman”. (Freud, 1991/1911, p. 35)

Por más vacíos que estos ritornelos se le presentaran a Schreber, revestían para él un gran interés, en la medida que ellos se establecen en función de una preocupación respecto al desfallecimiento del Otro. Su función parece ser la de proteger a Schreber contra el despojo del significante y la consecuente pérdida de la “razón” derivada de ella. En otras palabras, los ritornelos “constituyen una última muralla contra el ‘ser dejado’ caer” (Maleval, 2002, p. 175)

Ambas dimensiones del neologismo psicótico dan cuenta que lo que el sujeto mediante ellos busca preservar es la facultad del lenguaje, sin la cual no puede existir en tanto sujeto. En la primera dimensión, es decir, en la intuición plena el sujeto se encuentra representado directamente, sin vacilación y sin posibilidad de eclipsarse respecto a la cadena significante, mientras que en la segunda forma —la de la fórmula

vacía— la enunciación del sujeto se separa de sus enunciados, los cuales son incapaces de representar a un sujeto.

No basta con encontrar un neologismo en el discurso de un sujeto para inferir de ello que la forclusión el Nombre del Padre ha operado en él. Es sabido que, dada la equivocidad inherente a la estructura del lenguaje, un cierto grado de malentendido es esperable en la comunicación entre dos sujetos, puesto que cada sujeto no atribuye cabalmente el mismo sentido a los significantes que emplea. De ello se desprende que el neologismo es permanente, ya que “la lengua está viva, es el resultado de una creación incesante, de tal forma que toda lengua se compone de neologismos que acabaron imponiéndose” (Maleval, 2002, p. 166). Más aun, el sujeto continuamente está creando nuevos términos, ya sea en un chiste, en el sueño o en una creación poética. En los niños es bastante frecuente la creación voluntaria de idiolectos con fines lúdicos. A este respecto pueden concluirse dos cosas: por un lado, puede decirse que delimitar el neologismo estrictamente psicótico constituye un problema clínico irreductible a un análisis formal (Maleval, 2002). Y por otro lado que

“No es la producción de neologismos, ya sea ésta rica o discreta, lo que indica la estructura psicótica, sino su función para el sujeto. Las creaciones del inconsciente generadas por los fantasmas no deben confundirse con la emergencia de letras separadas de la representación” (Maleval, 2002, p. 180)

6.2 La ausencia de la significación fálica y sus consecuencias

El falo es inmanente a toda significación. La mera emisión significativa—por muy organizada que sea— no es condición suficiente para que advenga la significación, sino que es necesaria la participación de un sujeto, sin el cual toda significación permanece incierta. Si la significación remite siempre a otra significación, se vuelve indispensable detener dicha remisión infinita, papel que cumple la presencia del sujeto, que es el garante de que todo enunciado cobre vida. El significante fálico es el que hace posible la emergencia de un sujeto por el orden significante, de ello se deriva que toda significación sea necesariamente fálica (Maleval, 2002)

Cuando se desarrolla la cadena hablada, el sentido se produce en función de un significante que ocupa la función de cierre; los elementos de la frase sólo adquieren un significado que se produce retroactivamente (*après-coup*) con la percepción del último término. Cuando el significante fálico no logra operar—a causa de la forclusión del Nombre del Padre—, se produce una ausencia de la retroacción, de modo que el sentido o bien permanece dudoso, tal como ocurre en la esquizofrenia, o bien

permanece fijado, como en el caso de la paranoia. Por tanto la función del falo es la de normativizar el lenguaje del sujeto, generando un muro contra la intensidad de las investiduras pulsionales (Maleval, 2002)

Lacan (1984) señala que la ausencia de retroacción ocurre a causa de una carencia de suficientes *puntos de almohadillado*, lo cual vuelve imposible la detención del constante deslizamiento del significado por debajo del significante. Por esta razón, en la experiencia psicótica “el significante y el significado se presentan en una forma completamente dividida” (Lacan, 1984, p. 268), y además el significante se le aparece al psicótico como un “puro significante”. Lo anterior tiene como resultado una “...disolución del vínculo de la significación intencional con el aparato del significante” (Lacan, 1984, p. 323), que se manifiesta en una extraña relación de exterioridad del sujeto respecto al significante.

La incapacidad para efectuar el cierre de la frase que permite la producción de la significación, es el aspecto clínico más notorio de la carencia de la significación fálica. Lacan (1984) observa dicha incapacidad en las *frases interrumpidas* que profiere el presidente Schreber, como por ejemplo: “Nos falta ahora...”, la frase se detiene, pero posee—nos dice Lacan—un sentido implícito, que es el siguiente: “Nos falta ahora el pensamiento principal” (Lacan, 1984, p. 165). Otro ejemplo: “Ahora es el momento...” y luego Schreber agrega “¡de doblegarlo!” (Lacan, 1984, p. 310). En ambos ejemplos puede visualizarse como la frase se detiene justo en el momento que el sujeto va a enunciar el elemento que daría la significación al resto de la frase. Se trata además de una significación que aparece de modo doble: como esperada, puesto que de una interrupción se trata, y una continuación sugiere; por otro lado, como repetida, dado que Schreber tiene la impresión de haberla escuchado previamente. Lacan (1984) señala que el fenómeno de las frases interrumpidas pone en evidencia que el mecanismo que domina el fenómeno alucinatorio no es otro que el de la metonimia, dado que la alucinación no es otra cosa que una articulación significativa de unidades que establecen relaciones de contigüidad, donde la falla, la interrupción se presenta a nivel de la diacronía.

El autor observa que las frases interrumpidas presentan como característica principal la de detenerse después de haber comunicado algún *shifter* (conmutadores). Tales elementos lingüísticos tienen la particularidad de que su significación no puede precisarse con independencia al mensaje (Jakobson, 1985). Son unidades gramaticales que denominan el tiempo, el espacio, la persona, la forma en la que el

enunciado se adecúa con la situación. Es decir, su significación depende del acto de enunciación específico en el que está introducido. Por esta razón los *shifters* pueden ser situados en relación con el S_1 , en la medida que comparten con el significante unario la función de representar al *parlêtre*. En las frases interrumpidas que las voces profieren a Schreber, la emergencia del sujeto queda suspendida, debido a que falta la intervención de la función del S_2 , es decir el significante binario, sin el cual ninguna significación es posible. Con los ejemplos dados en el párrafo anterior es patente la actitud de Schreber en relación a esos S_1 aislados—que dan cuenta de la ruptura de la cadena—, la cual consiste en completar dichas frases con S_2 para atribuirles una significación, con la intención de reanudar aquello que se ha roto, buscando restablecer la función de representación (Maleval, 2002)

Las manifestaciones de la ausencia de la significación fálica, dan cuenta que junto al trastorno de lenguaje se produce en el sujeto un sentimiento de herida en su propio ser; se queja de apatía e incapacidad para ejercer adecuadamente sus actividades. El falo se erige como la función encargada de regular la relación de los significantes del Otro con el goce del sujeto, haciendo posible para éste último el sentimiento de vida. En caso contrario, es decir, a falta de dicha regulación, el sujeto no se siente capaz de vivir como el resto, se queja de que sus actos y sentimientos son falsos; toda conexión de su intencionalidad con el aparato significante está perdida, puesto que es la estructura misma la que se halla quebrada, y, a causa de ello, aparecen fragmentos de lenguaje en lo real, a modo de neologismos o alucinaciones, dando cuenta de un goce no regulado, no sometido al límite fálico

6.3 La Holofrase

El término *holofrase* ha sido clásicamente empleado por la lingüística para aludir a palabras largas que expresan una frase entera. Refiere a una aglutinación, a una condensación de elementos lingüísticos en un todo. Maleval señala que al intentar ejemplificarla suele recurrirse a palabras-frase, las cuales “están constituidas por aglutinación de morfemas cuya traducción a otras lenguas requiere palabras separadas” (Maleval, 2002, p. 224). No es ésta la acepción que Lacan da al término *holofrase*, puesto que en su teoría ésta no puede ser asimilada a una forma de condensación freudiana, tal como lo es la palabra-frase. Para este autor el concepto mencionado implica una ausencia de intervalo entre el primer par de significantes; se trata de una solidificación de S_1 - S_2 , lo cual supone la imposibilidad de descomposición en significantes primordiales.

Es preciso dar cuenta en que consiste la solidificación S_1 - S_2 . Como se dijo anteriormente, el significante unario no puede significarse a sí mismo, y al poseer un valor, tal como lo señaló Saussure, puramente diferencial, es preciso que se articule con el significante binario, para que, mediante una retroacción (*après-coup*), el primero adquiera sentido. Ninguno de los dos significantes es capaz por sí solo de representar al sujeto, dado que éste, al estar alienado por el orden significativo, emerge en el intervalo que los separa. Mientras exista la hiancia entre los significantes primordiales, puede instalarse allí el enigma del deseo del Otro. Pero si el proceso de alienación-separación falla, “la holofrase del par significativo primordial hace del sujeto psicótico un sujeto no dividido por el significante y que además tiene ‘su causa en el bolsillo’” (Lacan en Maleval, 2002, pp. 232-233). El sujeto psicótico es un sujeto no barrado, por tanto recibe del Otro los significantes de manera demasiado directa. Asimismo su relación con el objeto *a* carece de regulación fálica, tal como lo indica la deslocalización del goce, que tiende—a razón de ello—a mortificarlo. Dicho de otro modo, “ante la ausencia de la represión primaria que separe consciente de inconsciente, el lenguaje del inconsciente pasará a ser un exterior amenazante bajo la forma de una voz que viene de afuera” (Fernández, 2002, p. 84). Por lo tanto se obtiene como resultado la *holofrase*, a modo de una percepción masiva y sin hiancia entre lo significantes primordiales.

A falta de separación entre los significantes, la holofrase funda un saber que carece de ambigüedad para el sujeto. En vez de surgir en él una pregunta respecto a lo que le sucede, el psicótico se presenta como “un mártir del inconsciente” (Lacan, 1984), a saber, como un testimonio abierto de aquello que lo invade. En este sentido, el psicótico está privado de la dimensión dialéctica en la que se articulan los significantes, cuyo resultado inmediato es el fenómeno de la creencia (Lacan, 1987). Dado que el psicótico no logra despegar los significantes holofraseados, éstos adquieren un carácter de certeza que terminan por imponérsele. Lo opuesto sucede con las creencias del sujeto barrado ($\$$), las cuales siempre aparecen plagadas por la duda, y como resultado, están abiertas a una articulación dialéctica.

Maleval (2002) señala que la *holofrase* propiamente psicótica puede expresarse a través de fenómenos lingüísticos diversos, pero todos ellos tienen un punto en común: provienen de un sujeto no evanescente, sino coagulado en sus certezas. De ahí que—al no estar dividido por el orden significativo—el sujeto reciba del Otro su discurso, no de manera invertida, sino colocado en él directamente, a modo de un semejante. De ahí la propensión que tiene el psicótico a sentirse invadido

por el significante que lo parasita. La certeza de la presencia del Otro impuesta en una intuición, alucinación, convicción o interpretación delirante, es la más clara indicación clínica de la presencia de la *holofrase*. La ausencia en ella de separación alguna entre el acto de enunciación y el enunciado le otorga el carácter de verdad inamovible

El proceso de holofrasización del par de significantes primordiales, constituye el punto de partida a partir del cual se originan las producciones delirantes. El delirio es uno de los principales modos de contener el goce deslocalizado, pero no es el único. Existen dos modos menos complejos que el anterior para intentar significantizar el goce deslocalizado. Una de ellas —tal como ocurre en el caso de Schreber— consiste en fundar “una lengua constituida de representaciones no representativas, cuyos estribillos vacíos proporcionan su ejemplo clínico más manifiesto” (Maleval, 2002, p. 237). Es decir, el goce se significantiza en S_2 . La otra forma consiste en buscar a nivel de la letra algo que desempeñe la función del S_1 , lo cual produce, en las formas menos desarrolladas, una serie de marcas sobre el cuerpo. Mientras que en las más desarrolladas implica la producción de ciertas glosolalias, o la elaboración de escrituras herméticas amarradas a un goce caligráfico. Un caso paradigmático de esta última modalidad es el *Finnegans Wake* de James Joyce (Maleval, 2002)

A partir del recurso de apoyarse en el significante unario o bien en el binario, sólo resta una posibilidad para contener, a través de la significantización, al goce deslocalizado: soldar ambos significantes. La “holofrasización” del par significativo primordial se halla en la base de toda construcción delirante. Esta afirmación muestra que la hipótesis de la necesaria presencia del trastorno de lenguaje para el diagnóstico de psicosis, ya no puede ser considerada como provisoria para aquellos que se atengan a la terminología lacaniana.

6.4 La alucinación como un hecho de lenguaje

El abordaje lacaniano de las alucinaciones supone una ruptura respecto a abordajes previos, en la medida que las concibe como un hecho de lenguaje y no como meras percepciones sin objeto (psiquiatría) o percepciones falsas o errores perceptivos (fenomenología). Lacan (2002) afirma que todas las teorías que intentan explicar la percepción poseen un carácter común: hay un *percipiens* responsable de la percepción, es decir, un sujeto que regula el acto de percibir su objeto (*perceptum*). Por tanto, de haber un fallo en la percepción, es decir, si se produce una percepción que no se corresponde con la realidad, es el *percipiens* quien debe dar cuenta de dicho *perceptum* alucinatorio. Frente a dicha tesis, Lacan realiza un giro total al afirmar

que no hay percepción que preceda a lo simbólico; lo que el sujeto percibe ya está articulado por la acción del significante. Dicho de otro modo, el perceptum está estructurado por el lenguaje, el cual constituye no un instrumento de expresión sino un “operador” en tanto que preexiste al sujeto y, por tanto, lo produce, lo estructura (Soler, 2004). De ahí el interés de Lacan por la alucinación verbal, la cual puede ser entendida no como una “...percepción sin objeto sino que, como producción significativa impuesta al sujeto, da cuenta de la falla que determina la estructura” (Tendlarz 1995, p. 9).

Aquello que Lacan (1985) encuentra en la relación del sujeto con la palabra, es la existencia de una alteridad que consiste en que el primero no puede hablar sin oírse. El sujeto puede recibir su propia palabra considerándola como suya, o bien puede ocurrir lo contrario, tal como sucede en el caso de la alucinación verbal motriz, donde el sujeto articula movimientos fonatorios. En ambos casos el sujeto aparece escindido entre la enunciación de su palabra y su escucha. Ello da cuenta del primado del Otro, debido a que el sujeto no puede sostenerse como el *percipiens*, como el sujeto unificado de la conciencia que aseguraría la unidad de la percepción, sino que, por el contrario, no percibe ni piensa nada, puesto que él es ante todo un mero efecto de la oposición S_1 - S_2 que estructura la percepción. Al no existir posición alguna en la que pueda unificarse el “yo pienso” con el “yo soy”, “se impone el cálculo de un sujeto siempre dividido en su operación, que cada vez que intenta alcanzar el ‘yo soy’ solamente logra encontrar el ‘yo pienso que yo soy’, que lo empujará siempre a una desaparición suplementaria” (Fernández 2002, p. 92)

El automatismo de la cadena significativa se impone por sí mismo al sujeto neurótico en su carácter de voz. Se trata de una voz áfona, no ligada a ningún *sensorium* específico, es decir, desvinculada de la acústica. Lo contrario ocurre en el caso de la alucinación paranoica, donde la voz se presentifica, se realiza, y por ello, el psicótico no puede abolirla, pero puede en última instancia atribuírsela al otro especular, al que funda como emisor de parte o de la totalidad del mensaje. Para fundamentar esto, Lacan (1984) toma como ejemplo un caso clínico proveniente de su práctica de presentación de enfermos. Se trata de una paciente que comenta que al salir de su casa, es increpada por “ese hombre libidinoso y maleducado que es el amante de su vecina”. Al verlo, ella profiere “vengo del fiambbrero” y luego él le contestaría “marrana”. Aparece allí un encadenamiento significativo que se encuentra distribuido en su atribución subjetiva, dado que ella señala haber enunciado la primera parte de la frase, mientras que la segunda parte es atribuida al amante de su vecina.

La primera parte de la cadena no tiene nada de ofensivo (vengo del fiambrero), pero a partir de la segunda parte, puede notarse una ruptura en la cadena significativa, que retorna desde el exterior de la paciente como enunciada por dicho hombre. El autor señala que esto último le permite eliminar la indeterminación del yo (je), en tanto pronombre personal:

...aparece así que el yo [je], como sujeto de la frase en estilo directo, dejaba en suspenso, conforme a su función llamada de *shifter* en lingüística, la designación del sujeto hablante, mientras la alusión, en su intención conjuratoria sin duda, quedase a su vez oscilante. Esa incertidumbre llegó a su fin, una vez pasada la pausa, con la aposición de la palabra “marrana”, demasiado pesada de invectiva, por su parte, para seguir isocrónicamente la oscilación. Así es como el discurso acabó por realizar su intención de rechazo en la alucinación. En el lugar donde el objeto indecible es rechazado en lo real, se deja oír una palabra, por el hecho de que, ocupando el lugar de lo que no tiene nombre, no ha podido seguir la intención del sujeto sin desprenderse de ella por medio del guion de la réplica: oponiendo su antistrofa de depreciación al refunfuño de la estrofa restituida desde ese momento a la paciente con el índice del yo (je), y reuniéndose en su opacidad con las jaculatorias del amor, cuando, ante la escasez de significativo para llamar al objeto de su epitalamio, usa para ello del expediente de lo imaginario más crudo. “Te como... — ¡Bombón!”. “Te desmayas... — ¡Ratoncito! (Lacan, 2002, pp. 512-513)

El hecho de que la paciente rechace la alucinación evidentemente no exime al clínico de su reconocimiento. Ella constituye una irrupción de un significativo en lo real, en la medida que se expresa bajo la forma de una cadena rota, es decir, de una frase en la que el acento está colocado no sobre el sujeto —puesto que está excluido de su propio enunciado así como también del acto de enunciación— sino sobre la significación misma, la cual genera un alivio en el sujeto para precipitarlo en la referencia. De ahí que el psicótico afirme que es el otro el que le habla, aunque en realidad sea el sujeto mismo quien articula aquello que acusa a las voces de haber proferido.

Al preguntarse acerca de la estructura del *perceptum*, Lacan subvierte la concepción clásica, asignándole a éste un carácter determinante del sujeto. No se trata ya de un sujeto amo y señor de aquello que percibe sino de uno que padece los efectos de la escisión que el significativo produce en él. De este modo, “...la ‘percepción del mundo’ no opera por fuera del campo del lenguaje, sino que, por el contrario, es a través de ese campo que la percepción adquiere consistencia” (Fernández, 2002, p. 97). Asimismo la pasividad propia del sujeto, lo sitúa en un lugar

segundo respecto al *perceptum* alucinatorio, el cual posee la misma primacía que mantiene el significante respecto de la acción del sujeto. Por tanto, Lacan atribuye al *percipiens* un carácter inesencial respecto a lo que percibe y, por consiguiente, respecto a la cadena significativa.

7. Consideraciones finales

La propuesta de este texto ha girado en torno a la pregunta por las particularidades del lenguaje en las psicosis. Es decir, la forma en la que el psicótico habla, así como también los motivos que hacen que mantenga esa especial relación con la lengua llamada delirio. Para ello, la perspectiva teórica elegida fue una que integrase el psicoanálisis con algunos aspectos de la lingüística estructural, puesto que se trata de un modelo explicativo que concibe al sujeto como a-subjetivo, es decir, como un efecto del lenguaje, y por ende capturado por lo simbólico; una noción de la lengua que erige al equívoco como hecho estructural; la comunicación no es lo esencial del lenguaje, sino que detrás de lo que se enuncia está el inconsciente.

Bajo esta perspectiva, se volvió fundamental dar cuenta de ciertas consideraciones del psicoanálisis respecto del lenguaje. Freud es el primero en redimensionar el papel del lenguaje en el psiquismo, sin embargo, nunca dejó de concebirlo como un instrumento al servicio del aparato psíquico. Es recién con Lacan que se produce un abordaje que rompe con las concepciones anteriores respecto al lenguaje en las psicosis. Apoyándose en las concepciones de la lingüística — especialmente con Saussure y Jakobson—, Lacan propone un isomorfismo entre lenguaje e inconsciente y la preexistencia de lo simbólico respecto del sujeto, que lo vuelve un siervo del lenguaje.

Cuando la alienación en el lenguaje no ha tenido lugar, es decir, cuando la función paterna no ha podido instaurarse en el niño, éste se vuelve un sujeto fuera del discurso; se encuentra invadido por un goce desmedido, no regulado por el significante de la ley que le permitiría localizarlo y circunscribirlo con la ayuda del significante. A partir de esta falla fundamental pueden tener lugar los trastornos del lenguaje desarrollados a lo largo del texto, los cuales dan cuenta de un intento del sujeto de restituir su relación con la palabra, o bien con la imagen que durante un tiempo le había servido de soporte y compensación.

Las psicosis constituyen un campo muy basto. Pretender abordarlo de manera integral y exhaustiva constituiría un verdadero delirio. Por ello reconocemos que el

intento de trabajar ciertos aspectos del lenguaje en las psicosis, nos condujo inevitablemente a hacer a un lado varias consideraciones respecto de la clínica de las psicosis, como por ejemplo la *incompletud del Otro*, la *pluralización del Nombre del Padre*, el *sinthome* como suplencia de la forclusión del Nombre del Padre, la transferencia del sujeto psicótico, entre muchas otras cuestiones que no quedan más que planteadas para futuras aproximaciones.

Bibliografía

- Allouch, J. (1984). *Letra por letra: transcribir, traducir, transliterar*. Buenos Aires: Editorial Edelp S.A.
- Bleichmar, H. (1976) *Introducción al estudio de las perversiones. El Edipo en Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión
- Capurro, R. et al (2012). *lalangua: psicosis y escritura*. Rosario: una piraña ediciones
- De Saussure, F. (1961). *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Dor, J. (1994a). *Introducción a la lectura de Lacan*. Barcelona: Editorial Gedisa
- Dor, J. (1994b). *Introducción a la lectura de Lacan II. La estructura del sujeto*. Barcelona: Editorial Gedisa
- Fernández, A. Ma. (2002). *Papeles de trabajo: "La palabra no es mi palabra". Acerca del discurso en la psicosis*. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
- Freud, S. (1991a). *Las psiconeurosis de defensa*. En *Obras Completas* (vol. III pp. 41-68). Buenos Aires: Amorrortu Editores (Trabajo original publicado 1894)
- Freud, S. (1991b). *La interpretación de los sueños*. En *Obras Completas* (vol. IV. pp. 1-343) Buenos Aires: Amorrortu Editores (Trabajo original publicado 1900)
- Freud, S. (1991c). *Psicopatología de la vida cotidiana*. En *Obras Completas* (vol. VI. pp.1-270). Buenos Aires: Amorrortu Editores (Trabajo original publicado en 1901)
- Freud, S. (1991d). *El chiste y su relación con lo inconsciente*. En *Obras Completas* (vol. VIII pp. 1-225). Buenos Aires: Amorrortu Editores (Trabajo original publicado en 1905)
- Freud, S. (1991e). *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*. En *Obras Completas* (vol. XII pp.1-76). Buenos Aires: Amorrortu Editores (Trabajo original publicado 1911)
- Freud, S. (1991f). *Tótem y tabú*. En *Obras Completas* (vol. XIII pp. 1-164). Buenos Aires: Amorrortu Editores (Trabajo original publicado 1913)

- Freud, S (1991g). *Esquema del psicoanálisis*. En *Obras Completas* (vol. XXIII pp. 133-270). Buenos Aires: Amorrortu Editores (Trabajo originalmente publicado en 1940)
- Freud, S. (1992a). *Introducción del narcisismo*. En: *Obras Completas* (vol. XIV pp. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu Editores (Trabajo original publicado en 1914)
- Freud, S. (1992b). *Lo inconsciente*. En: *Obras Completas* (vol. XIV pp.153-212). Buenos Aires: Amorrortu Editores (Trabajo original publicado 1915)
- Freud, S. (1992c). *De la historia de una neurosis infantil*. En: *Obras Completas* (vol. XVII pp. 1-113). Buenos Aires: Amorrortu Editores (Trabajo original publicado en 1918)
- García, A. (2009). *Psicoanálisis y psicosis*. España: Editorial Síntesis
- Gasque, M. et al (1997). *El Laberinto de la estructuras*. México: Siglo XXI editores
- Jakobson, R. (1985). *Los shifters, las categorías verbales y el verbo ruso*. En: *Ensayos de lingüística general*. Barcelona: Planeta-Agostini
- Lacan, J. (1984). *Seminario 3 Las Psicosis*. Argentina: Editorial Paidós
- Lacan, J. (1987). *Seminario 11 Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*. Argentina: Editorial Paidós
- Lacan, J. (1989a). *El seminario sobre La carta robada*. En *Escritos*, vol. 1(pp. 5-58). Argentina: Siglo XXI editores
- Lacan, J. (1989b). *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*. En *Escritos*, vol. 1 (pp. 227-310). Argentina: Siglo XXI
- Lacan, J. (1989c). *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*. En *Escritos*, vol. 1 (pp.473-509). Argentina: Siglo XXI editores
- Lacan, J. (1994). *Seminario 4 La Relación de Objeto*. Buenos Aires: Editorial Paidós
- Lacan, J. (1998). *De la Psicosis Paranoica en sus relaciones con la personalidad*. México: Siglo XII editores (Trabajo original publicado 1932)
- Lacan, J. (1999). *Seminario 5 Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Editorial Paidós

- Lacan, J. (2002). *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*. En *Escritos*, vol. 2. Buenos Aires: Siglo XXI editores
- Lacan, J. (2006). *Seminario 23 El sinthome*. Buenos Aires: Editorial Paidós
- Lacan, J. (2008). *Mi enseñanza*. Buenos Aires: Editorial Paidós
- Laplanche, J. & Pontalis, J.B. (1971). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Paidós
- Le Gaufey, G. (2012). *La Incompletud de lo Simbólico. De René Descartes a Jacques Lacan*. Buenos Aires: Editorial Letra Viva
- López, H. (2009a). *La "Instancia" de Lacan. Tomo I*. Mar del Plata: Editorial de la Universidad Nacional de Mar del Plata
- López, H. (2009b). *La "Instancia" de Lacan. Tomo II*. Mar del Plata: Editorial de la Universidad Nacional de Mar del Plata
- Maleval J.C. (2002). *La forclusión del Nombre del Padre*. Buenos Aires: Editorial Paidós
- Milan, J. (2009). *Saussure: trayecto de un objeto vacío*. En *Letras & Letras*, v.: 25, pp. 199-206. Recuperado de: <http://www.letraseletras.ileel.ufu.br/viewissue.php?id=16>
- Miller, J.A. (1994). *Matemas II*. Buenos Aires: Ediciones Manantial
- Milner, J.C. (1996). *La obra clara: Lacan, la ciencia, la filosofía*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Milner, J.C. (1998). *El amor de la lengua*. Madrid: VISOR DIS.
- Milner, J.C. (2003). *El periplo estructural: figuras y paradigmas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Morales Ascencio, H. et al (1996). *Escritura y Psicoanálisis*. México: Siglo XXI Editores
- Nasio, J.D. (1998). *Cinco lecciones sobre la teoría de Jacques Lacan*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Nasio, J.D. (2001). *Los Más Famosos Casos de Psicosis*. Buenos Aires: Editorial Paidós

Rabinovich, D. (2008). *Sexualidad y significante*. Buenos Aires: Manantial

Schreber, D. P. (1999). *Memorias de un enfermo nervioso*. Buenos Aires: Libros Perfil

Soler, C. (2004). *El inconsciente a cielo abierto de la psicosis*. Buenos Aires: JVE ediciones

Tendlarz (1995). *Análisis de las alucinaciones*. Buenos Aires: Eolia-Paidós Ediciones

Vegh, I. (1995). *Una cita con la psicosis*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones